

*Peregrinación a  
Santiago de Compostela  
Agosto de 1993*

*Diario del viaje realizado con motivo del  
Año Santo Jacobeo 1993*

*por  
María Olmedo Soler*

Editorial Mos

@ María Olmedo Soler 1993

1ª edición: Agosto 1993

1ª edición internet: 2001

2ª edición internet: 2009

Todos los derechos reservados

## *Índice de capítulos y contenido*

### **Capítulo 1:**

- ¿Yo, peregrina?
- La preparación del Viaje
- Leyenda o realidad
- El Viaje: 4 de agosto: Viaje en tren
- Toral de los Vados "El cura trabajador"

### **Capítulo 2:**

- 5 de Agosto: Toral - Trabadelo
- "La primera etapa"
- 6 de Agosto: Trabadelo - Cebreiro
- "Una subida terrible"

### **Capítulo 3:**

- 7 de Agosto: Cebreiro - Triacastela
- "Camino por la niebla"
- 8 de Agosto: Triacastela - Sarria
- "Una visita esperada"

### **Capítulo 4:**

- 9 de Agosto: Sarria - Portomarín
- "A mitad de camino"
- 10 de Agosto: Portomarín - Palas do Rei
- "Visitas en el polideportivo"

### **Capítulo 5:**

- 11 de Agosto: Palas do Rei - Arzúa
- "31 km bajo el sol"
- 12 de Agosto: Arzúa - Arca
- "Tarde de canciones"

### **Capítulo 6:**

- 13 de Agosto: Arca - Santiago de Compostela
- "La meta del peregrino"
- 14 de Agosto: El regreso



## Capítulo 1

### ¿Yo, peregrina?

No recuerdo exactamente cuándo ni a quién se le ocurrió la idea; pero el caso es que en mi grupo de 'Confirmación' surgió la idea de hacer una excursión en este verano de 1993, tal vez una acampada en Lugueros, un pueblo de León, o tal vez a Santiago de Compostela. Finalmente nos pareció mejor la idea de la peregrinación, ya que este año coincidía con el Año Santo Compostelano. Al principio lo veíamos como una idea algo difícil de llevar a cabo y algo bastante lejano en el tiempo para preocuparse demasiado de los preparativos; y cuando quisimos darnos cuenta, el tiempo se nos echaba encima y el proyecto se iba convirtiendo en una realidad. En Marzo parecía que nos sobraba tiempo para prepararnos, y es que no nos dábamos cuenta de todas las cosas que había que hacer para organizar ese viaje a pie. Había que decidir el lugar de salida ©casi ninguno de nosotros habría aguantado el viaje desde Roncesvalles y no estábamos demasiado en forma©; las etapas, horas y kilómetros de marcha para cada día; enterarse de las instalaciones con las que contaba cada pueblo para que pudiéramos dormir en él, campings o albergues, panaderías... También debíamos encargarnos de conseguir todo lo que necesitaríamos durante el viaje: Tiendas de campaña, hornillos de gas, documentos imprescindibles, y, sobre todo, la comida. Y el dinero para el fondo común, destinado a comprar los billetes, la comida, y pagar lo que hiciera falta durante el camino. Por las cuentas que se hicieron en un principio, llegaron a la conclusión de que cada uno debería poner 21.000 pesetas, aunque al final veríamos que nos sobraría dinero.

Los principales encargados de prepararlo todo fueron Eugenio, Rocío y Eva. Mientras tanto, íbamos buscando personas que quisieran apuntarse a la peregrinación, ya que al principio éramos muy pocos. Así, poco a poco, el grupo se fue completando; Amigos de amigos que se apuntaron, otros que se echaron atrás... finalmente el número llegó a quince, incluyendo los que debían conducir el coche de apoyo, quienes llevarían las tiendas, la comida, sacos y algunas bolsas de ropa, y se encargarían de buscarnos alojamiento y comprar el pan. Algunos de los que se apuntaron los conocimos poco antes de empezar el viaje, y hubo otros a quienes conoceríamos hasta vernos en la estación de tren de Madrid. Incluso hubo quien no se apuntó hasta el día anterior.

Habíamos pensado hacer varias excursiones para entrenarnos, pero al final sólo hicimos dos: un día de caminata por la Pedriza, antes de Semana Santa; y, al llegar el verano, tres días de acampada, también en la Pedriza; aunque esta vez no anduvimos prácticamente nada, nos limitamos a hacer el vago durante esos días. Eso sí, la experiencia nos sirvió para comprobar el estado de algunas de las tiendas de campaña, aprender a llevar lo imprescindible en la mochila y, sobre todo, llevar una buena organización por si ocurriese algo o nos extraviáramos.

Uno de los mayores problemas fue encontrar una fecha para la peregrinación que a todos les viniera bien. Junio era imposible, demasiado pronto para todos nosotros. Julio también venía mal a mucha gente: saber las notas de la universidad, demasiada gente en Santiago para la festividad de Santiago, el 24 de ese mes, y en Septiembre estaban los exámenes de recuperación y comenzar de nuevo a estudiar. Agosto también tenía sus inconvenientes, otros planes con la familia, el calor, y estudiar los exámenes de Septiembre; sin embargo, era el mejor mes, así que finalmente fijamos el viaje para la primera quincena de este mes, donde todos agradeceríamos dejar el caluroso Madrid para ir a la fresca Galicia © o, al menos, eso era lo que yo pensaba©. Una vez decidido, sólo quedaba comprar los billetes de ida y vuelta.

En Julio muchos de nosotros nos marchamos más o menos tiempo de viaje, por lo que los pocos que quedaron aquí tuvieron que encargarse de los últimos preparativos. Yo volví de Valencia en la última semana de Julio; Eugenio, Rocío y Eva, los principales organizadores, me explicaron las decisiones finales de la peregrinación y con ellos fui a comprar la comida.

## *La preparación del viaje*

Las etapas de camino eran de una media de 20 km diarios, lo cual no parecía mucho teniendo en cuenta que la velocidad media de una persona andando es de 3 ó 4 Km/h. La etapa más corta era de 15 km, y la más larga de 26. Pero teníamos algunas etapas difíciles; la peor, la subida a Piedrafita, suponía subir a un puerto de montaña que se encontraba ©según me dijeron© a 2000 metros de altura. Saldríamos el día 4 de Madrid para ir en tren hasta León, y de ahí cogeríamos un tren de cercanías que nos llevase a Toral de los Vados ©León©, nuestro punto de partida, desde donde seguiríamos por el camino jacobeo francés. Al día siguiente comenzaríamos la marcha muy temprano, tras preparar en una bolsa la comida de cada uno; mientras, el coche de apoyo, llevado por Pablo Huergo ©el hermano de Eugenio© y su novia Pepa, se nos adelantaría hasta el pueblo al que tuviéramos que llegar nosotros. Su misión era comprar el pan, si es que nosotros no podíamos, y la comida que necesitáramos ©sobre todo fruta©, y encontrarnos un albergue o un lugar donde acampar. Así pasaríamos los días, comiendo por el camino si se nos hacía tarde, y al llegar a nuestro destino, pondríamos las tiendas, nos instalaríamos, nos ducharíamos, si es que encontrábamos duchas allí ©cosa que dudábamos© y descansaríamos, poniendo los pies en remojo de agua con sal, o yendo a visitar el pueblo; y así pasaríamos las tardes hasta el momento de la dinámica, unas actividades que Eva preparó y recopiló en un cuadernito con las que aprender a conocernos mejor a nosotros mismos, a los demás del grupo o a Dios, Porque, ante todo, no debíamos olvidar que lo que íbamos a hacer era algo más que una simple excursión. A continuación cenaríamos, recogeríamos entre todos y nos iríamos a dormir lo más pronto posible. Y, por supuesto, todas las tardes y noches, un ratito de guitarra y canciones sin las que no podríamos pasarnos. En fin, tras nueve días de camino, en los que recorreríamos ©me dijeron© 170 km, llegaríamos por fin a Santiago de Compostela, donde nos quedaríamos hasta el día siguiente, 14 de Agosto, por la noche. En el tiempo que estuviéramos allí visitaríamos toda la ciudad, pero, principalmente, la Catedral de Santiago, donde asistiríamos a la Misa del Peregrino, donde podríamos ver el famoso lanzamiento del Botafumeiro, recibir el diploma de Peregrino ©concedido a quienes recorren hasta Santiago, en bicicleta, a caballo o andando, al menos 100 km©, y, si cumplíamos allí con todos los formulismos y requisitos, podríamos obtener el Jubileo, y ver nuestros pecados hasta ahora cometidos perdonados.

De la organización general se había encargado Eugenio, y Eva, aparte de preparar las dinámicas, se enteró de los papeles que era necesario llevar: Una carta de presentación de nuestra parroquia; una autorización de los padres de aquellos que fueran menores de edad, y los papeles que cada uno debía llevar de la seguridad social por si nos ocurría algo. Rocío, por su parte, era la encargada de la cocina. Fue ella quien revisó listas de precios para decidir qué comida comprar, la que organizó el menú de cada día, con su respectivo desayuno, comida y cena, y se encargó de ver los útiles de cocina que serían necesarios. El menú general de cada día consistía en un desayuno a base de leche con Cola Cao o Nescafé, acompañado con galletas o bizcochos, según el día; para la comida se prepararía una bolsa con una lata, de pescado -atún, sardinas-, carne o ensalada; un bocadillo para rellenar con paté, fiambre, queso o lo que viniera en la lata, y alguna gruta de postre. Además de esto, en la bolsa habría también un limón y un terrón de azúcar - lo mejor para quitar la sed - y una bolsita de frutos secos, que dan mucha energía para caminar. La cena sería caliente, a base de sobres de sopa, puré, o latas de albóndigas, raviolli y pollo, entre otras cosas.

Julián y yo ayudábamos a Rocío por las mañanas. Los demás también cooperaban, aunque no puede decirse que demasiado. Eso sí, debido a mi afición por escribir y a que ya había pensado escribir un diario del viaje, yo fui nombrada "cronista oficial".

Como ya he dicho, el grupo final de peregrinos sumaba 15 personas, y aunque la idea había surgido del grupo de la parroquia de Fuente del Fresno, sólo 7 éramos de esta urbanización, el resto vivía en otras zonas de Madrid, y aunque algunos de ellos ya eran viejos amigos, a otros los conocimos con motivo de la peregrinación. Pablo Huergo, acompañado por Pepa, su novia, eran los encargados del coche de apoyo; eran además los mayores del grupo, por lo que Pablo fue nombrado responsable. También Eva, por ser de los mayores de los que iban a pie, y ser una chica seria - o al menos eso parecía -, también fue nombrada responsable del grupo de peregrinos. Eugenio, el hermano de Pablo, y Rocío Guil - su sufrida novia-, eran amigos míos de Fuente, un poco raros, pero muy simpáticos, y serios cuando fuera necesario. Además estaban Jose Manuel Rocha y Gonzalo Martínez, también de mi grupo de amigos, aunque no vivían en la urbanización, Nuestra amiga Ana nos presentó a dos amigas suyas, María Fernández y Esperanza, que querían venir. A ellas las vimos varias veces antes del viaje, por lo que pudimos conocerlas bastante bien. María, como una cabra, aunque con una voz privilegiada, y Esperanza, muy cariñosa. Julián, un amigo de Rocío, también se apuntó, aunque yo no le conocí hasta el mismo día de coger el tren. Mónica, la prima de Eva, se apuntó a la peregrinación junto con dos amigos del colegio, María Montero y Lorenzo, a quienes apenas vimos una vez antes de irnos; estos eran los más pequeños del grupo. Y el día antes de irnos se apuntó Pablo Cerezo, guitarrista del coro de Fuente, del que muchos de nosotros formábamos parte. El caso es que fue una suerte que sobrara un billete de tren para Pablo, ya que la prima de Julián se había echado atrás cuando ya habíamos comprado el billete de grupo. Y, por supuesto, yo, María Olmedo, la que siempre iba en medio de todo: de los grupos al andar, de los enfados y, entre otras cosas, de las otras dos Marías, con las que tuve grandes problemas de identificación, ya que ninguna de las tres quería ser llamada por otro nombre. En fin, estos éramos todos, un grupo bastante heterogéneo a mi modo de ver, y bastante raros... locos, más bien, todos un poco locos. Lo suficiente como para que esta peregrinación tuviera gran interés.

Arsenio y Carmina, los padres de Pablo y Eugenio, iban a estar en su casa de Lugueros, en León, en Agosto, y habían invitado a mis padres a pasar unos días con ellos. Así, me dijeron, irían a vernos un día de la marcha y nos invitarían a cenar; una cena de verdad, no de latas ni de bocadillos; una cena con la que soñaríamos todos los días desde que empezáramos a caminar. También nos dijo el párroco de la iglesia de Fuente del Fresno, don Jose María, que a lo mejor él también pasaba a saludarnos un día, ya que él en Agosto veraneaba cerca de donde pasábamos nosotros.

Bueno, pues ya estaba todo listo. Los últimos días de Julio no había nada que hacer más que preparar las mochilas, dormir bastante y hacer ejercicio para estar preparados. Y yo, entre paseo y paseo, en bicicleta o andando, me decidí a leer algún libro o guía sobre Santiago para informarme del origen de la Peregrinación y de datos de interés sobre los pueblos que íbamos a encontrar.

## *Leyenda o realidad*

El origen de la peregrinación se encuentra en el siglo IX, cuando, siendo Alfonso II el Casto rey de Asturias, se descubrió en Padrón, la antigua ciudad romana Iria Flavia, un sarcófago de mármol con reliquias que se atribuyeron al apóstol Santiago. Esto confirma la tradición que viene de los visigodos según la cual Santiago el Mayor predicó en España y, aunque murió fuera, sus restos fueron trasladados por sus discípulos en una barca que les llevó a Galicia. El Camino de Santiago se convirtió en vehículo de unión del arte y cultura, comercio y progreso, de tantos peregrinos procedentes de toda Europa, Asia y Africa que se encontraron en el camino, sin contar, por supuesto, con la unidad de tan

diversos pueblos por comunes principios de fe y amor. El encontrar las reliquias fue providencial para los reyes asturianos en su lucha contra los árabes, y proclamaron a Santiago patrón y defensor de los combates. Por ello el apóstol es representado como peregrino y como "matamoros". Las peregrinaciones cobraron mucha importancia desde el siglo XI, gracias a lo cual entraría el arte Románico en España, que nos dejó manifestaciones en tantas iglesias a lo largo del camino jacobeo y en la misma Catedral de Santiago de Compostela. En el siglo XII apareció la primera guía turística, el "Codex Calistinus" ©atribuido al Papa Calixto II©, que explica las distintas rutas de peregrinación desde Francia. Excavaciones realizadas en este siglo han demostrado que el sepulcro del santo apóstol era el centro de una necrópolis del siglo IV. Compostela se ha convertido, junto con Roma y Jerusalén, en uno de los tres centros de peregrinación de los cristianos, y en su camino se juntan peregrinos procedentes de todos los rincones del mundo. Se dice que 'todos los caminos llevan a Roma'; pero, este año, no sería erróneo decir que todos van a Santiago.

Los intereses que mueven a todos aquellos que se den cita en el camino de Compostela son muy variados: Religiosos, culturales, deportivos, comerciales... ¡Oh, sí! Siempre ha habido aprovechados; ya en la época de las primeras peregrinaciones hubo comerciantes y posaderos dispuestos a atraer y engañar a los peregrinos que pasaran junto a su casa o su negocio. Y ladrones, por supuesto. Claro que la ley daba su protección a los peregrinos, que se identificaban con una vieira colgada de su bastón, de su cuello, o en su sombrero, y para velar por su seguridad aparecieron en el siglo XII los Caballeros de la Orden Militar de Santiago.

Muchos son los que han puesto en duda la autenticidad de las reliquias encontradas, y muchos los que desde hace años se afanan en encontrar fundamentos que no dejen lugar a dudas sobre la verdad del Santo Apóstol en España. Pero en el fondo no importa, no deben importarnos las pruebas. Son los sacrificios hechos en ese largo camino de tierra y piedras, y la fe puesta en ese lugar al final del camino de miles y miles de peregrinos, más que cualquier otra cosa, lo que hacen de Santiago de Compostela un lugar sagrado. Tantas personas de todos los pueblos y de todas las épocas han dejado una pequeña huella en este camino que ningún incrédulo podrá nunca quitarle su importancia.

Y es importante, al ponerse en camino hacia Compostela, recobrar esos valores y ese espíritu que movió a los primeros peregrinos a encontrarse con el Santo Apóstol.

## *El viaje*

### *4 de Agosto: Viaje en tren*

Habíamos quedado todos en la estación de tren de Chamartín a las 10.30, tres cuartos de hora antes de que saliera el tren. Allí estaban también Pablo y Pepa, ya que, aunque ellos no vinieran en tren, debían cargar parte de las cosas que llevábamos nosotros: bolsas, aislantes, sacos... El único que faltaba era Lorenzo, ya que se encontraba veraneando cerca de León y sus padres le iban a llevar en coche a la estación donde nosotros llegaríamos por la tarde. Colocar las cosas en el coche y nos despedimos de los padres que habían venido a despedirse de sus hijos, y, de paso, a ver el tipo de compañía que estos iban a tener durante los siguientes días.

El tren se puso en marcha con una puntualidad sorprendió a muchos (no olvidemos que estamos en España-). Viajábamos en segunda, todos juntos en asientos bastante cómodos cuyos respaldos podían moverse para dar la cara a los amigos; aunque, si dabas la cara a unos, debías dar la espalda a los otros. Lamentablemente, por algún descuido a la hora de comprar los billetes, estábamos en un vagón de fumadores, pero no tuvimos demasiados problemas por ello. No sé qué tengo yo, debe ser mi cara, lo que parece invitar a todo el mundo a meterse conmigo y a hacer gracias ridículas sobre mí. El caso es que desde el mismo instante en que el tren se puso en marcha comenzaron las bromas, en particular sobre mis piernas, primero cuando me levanté en el asiento para alcanzar la mochila que se encontraba en la repisa sobre la ventana, y después, cuando el revisor, al pasar a nuestro lado, dijo de una forma bastante galante que mis piernas estaban indebidamente colocadas sobre el otro asiento.

Aparte de esos pequeños detalles sin importancia, el viaje transcurrió tranquilo, y cada uno buscó algo para entretenerse, hablar, hacer el ganso... Aprovechando dos libros que Pablo Cerezo llevaba - uno de arte y otro, una guía jacobea, algunos aprovechamos para leer algo más sobre el viaje que íbamos a emprender o sobre el arte románico del camino. Otros optaron sencillamente por dormir. Prefiero no especificar quién hacía cada cosa, para evitar venganzas sobre mi persona.

El caso es que tras unas cuantas horas rodeada por este grupo, llegué a la conclusión de que la única compañía normal que podía encontrar era la de Rodolfo, un simpático ratoncito amarillo de peluche que José Manuel había traído como mascota del viaje.

Poco después me di cuenta de que tampoco los empleados del tren estaban muy bien de la cabeza. Recuerdo que, cuando el revisor pasó a cobrarnos los billetes, ya pasado Astorga, nos informó que nos faltaban las paradas de Ponferrada, Villa de Palos y Toral, tras lo cual dijo:

- Y no sé por qué se llamará así, se había antes palos allí o qué...

Tras esta reflexión se marchó, dejándonos a todos con cara de alucinados. La verdad es que nunca se me había ocurrido preguntármelo pero... ¿Y todos esos pueblos con nombres como Patones, Salvatierra, Laguna de Negrillos y Mansilla de las Mulas?

Por supuesto no podían dejarlo por mucho tiempo, y pronto volvieron a meterse conmigo, diciendo que con un poco de suerte el santo haría un milagro conmigo.

- Eso sería demasiado difícil - dije yo -, pero un milagro con vosotros sí sería bueno; aunque... no, me parece que el santo querrá tener lo mínimo que ver con vosotros; sería demasiado pedir.

Llegó al fin la tanda de chistes, cada cual peor que el anterior, y el que más, el famoso "pobre-seto" de Eugenio, del que ya estábamos todos hartos... ¡increíble! A Pablo le encantó. No sé, tal vez sea por las mil veces que hemos oído los demás este chiste y por la manía que tiene Eugenio de empezar siempre por el final, por lo que le tenemos a dicho chiste esta "injustificada aversión".

## *Toral de los Vados.*

### *"El cura trabajador"*

Hacia las 6 de la tarde nos dejó el tren en la estación del pequeño pueblo de Toral de los Vados, donde nos esperaban Pablo y Pepa, que habían llegado hacía ya media hora, y Lorenzo, al que acababan de dejar sus padres.

Pablo nos habló de campito de chopos junto a un río donde una mujer, dueña de un chiringuito allí instalado, nos permitía colocar nuestras tiendas de campaña a cambio de que, en caso de comprar algo de comer, se lo compráramos a ella.

El lugar era perfecto, de no ser porque, debido a la corta distancia de la estación, las vías del tren pasaban muy cerca de nosotros.

Tras echar un vistazo al río, donde se bañaban todos los del pueblo, e instalar las tiendas, algunos de nosotros decidimos ir a conocer el pueblo y la iglesia, pues nos sobraba bastante tiempo hasta la hora de la cena.

Visitamos primero una iglesia bastante nueva, que además parecía recién arreglada y pintada, y después decidimos ir a ver la antigua, que nos habían dicho estaba cerca, a la salida del pueblo. El cura, nos dijeron, estaba celebrando misa en otra iglesia, pero no tardaría mucho en ir hacia allí, y tal vez podría enseñárnosla.

Mientras esperábamos al cura, nos dimos una vuelta cerca de la iglesia; una mujer nos enseñó una vieja fuente con un lavadero típico de pueblo, abandonado y lleno de hierbas.

La iglesia también se veía muy vieja por fuera, aunque la parte de la cabecera parecía parcialmente reconstruida y de cemento pintado de blanco.

Julio, el párroco, que apareció poco después, se ofreció a enseñarnos la pequeña iglesia por dentro. Según nos explicó, la iglesia había sido incendiada en 1936, tras lo cual la iglesia quedó abandonada durante muchos años. Las dos naves laterales y el techo destrozados, dejaron la iglesia en un estado lamentable. Cuando, muchos años después, ofrecieron al cura hacer una nueva iglesia, pidió permiso para arreglar ésta. Y, con ayuda de las gentes del pueblo y con sus propias manos, se puso en marcha. Cerraron la iglesia por los arcos que separaban las naves laterales, convirtiendo dichos arcos en grandes ventanales semicirculares. El suelo fue arreglado y le pusieron piedras que lo elevaron, lo cual explicaba la sensación que tuve al entrar en la iglesia de que sus ventanas y puertas eran muy bajas. El altar estaba formado por la piedra de la tumba de un cura, y estaba rodeado en la pared con varias figuras: Un Cristo de piedra, también obtenido de una tumba, la Virgen, y San Cristóbal, la única escultura que se salvó del incendio. "Salió a tiempo", nos dijo Julio, ya que este santo era el patrón de los conductores; nos enseñó la base sobre la que se apoyaba el santo, que no era sino un volante.

Pensábamos marcharnos tras ver la iglesia, pero el párroco insistió en enseñarnos su huerto, que nos sorprendió a todos, por su organización y su extensión. Era un campo enorme, en el que tenía, aparte de ciruelos, chopos, almendros, manzanos, perales, higueras, y otros muchos árboles frutales, una pequeña piscifactoría con truchas y unos preciosos peces rojos; un canal de agua que el cura había conseguido sacar del río llevaba agua a todo el campo antes de volver al cauce del río. En el canal había cangrejos muy grandes, pececillos y ranas también. Angel, un hombre del pueblo que ayudaba al cura en el trabajo del campo, nos acompañó en nuestra visita, y ambos nos guiaron hasta un ciruelo tan alto que no habían podido coger sus frutos. - Os regalo todas las ciruelas que podáis coger - nos dijo-, bajad entre todos las ramas y coged el máximo posible de los frutos, porque el resto se va a perder. Fue toda una aventura, bajar unos las ramas mientras los otros cogían las ciruelas; yo me mantuve aparte, viendo divertida la escena, para poder hacer una fotografía de la hazaña. Tras hacerme recorrer tramos de campo pegados a los canalitos de agua, cruzar puentes de madera casi destruidos y de piedras a tres centímetros del agua, volvimos a la casa. Junto a ella había jaulas con dos codornices y una perdiz,

gallinas 'de Guinea' y otras ordinarias; y un pequeño cuartito con muchas jaulas de conejos, de las que pudimos coger algún conejito durante un rato. Al fin nos despedimos de Julio y de Angel, y volvimos rápidamente a las tiendas de campaña, pues se nos había hecho tarde.

Para este día cada uno debía haber llevado su cena, y algunos aprovecharon que estaba el chiringuito al lado para pedir unas tortillas. Muchos días pasarían hasta que pudiéramos tomar de nuevo tortilla. Cenamos en las mesas de madera junto al puesto, y yo aproveché para escribir sobre las aventuras del día.

Cuando terminamos de cenar era bastante tarde, de modo que nos fuimos a las tiendas de campaña a dormir, aunque algunos no querían aún acostarse. Esperanza, Mónica y las otras dos Marías, que compartían una tienda, tardaron mucho en dormirse, y en dejarnos dormir a todos. Yo pensaba: "Ya veremos si después de unos días andando tienen las mismas energías a estas horas de la noche".

La zona donde habíamos instalado las tiendas estaba junto a un puente de piedra sobre el que cruzaban el río las vías del tren. Y, bajo el puente, un grupo de gitanos tenía instalada su casa, formada por dos caravanas, varias sillas y mesas donde por la noche se reunió la familia a ver la televisión al aire libre, y unas jaulas con pájaros colgadas no sé cómo de los pilares del puente. Tenían además un gallo y varios perros, que nos ladraban como locos cada vez que intentábamos ir al río pasando junto a las caravanas.

En fin, la noche era buena y en las tiendas, metidos en nuestros sacos y sobre los aislantes, no pasamos frío, y habríamos podido dormir muy bien de no ser por los trenes que pasaban a cada rato junto a nosotros y que sonaban como si estuvieran descarrilando. Muchos me dirían al día siguiente que cada vez que pasaba un tren se despertaban; yo, sencillamente, no pude conciliar el sueño. Algunos trenes hacían tanto ruido que me parecía que se nos iban a echar encima, y hubo momentos en que no sabía si taparme los oídos o salir de la tienda para ponerme a salvo tras el chiringuito. Además del tren, pasó algún coche cerca de las tiendas, dándonos de lleno con las luces de sus faros, y a un hombre se le ocurrió ponerse a llamar a su perro gritando en mitad de la noche. Aparte de todo esto, la noche transcurrió tranquila.

## Capítulo 2

### *5 de Agosto: Toral - Trabadelo*

#### *"La primera etapa"*

Rocío era la encargada de despertarnos a todos a las 6.30 de la mañana, por lo que se había llevado despertador para no quedarse dormida. Como a mí me gusta mucho madrugar, le había dicho que, aprovechando que dormíamos en la misma tienda, me avisara en cuanto sonase el despertador y la ayudaría a despertar a los demás. Esta mañana, sin embargo, como no había dormido, no tuve necesidad de despertadores, y, como me ocurre siempre que paso una noche en vela, vi feliz llegar la hora de levantarse para poder salir al fin de la tienda. Me ofrecí a despertar a los que estaban dormidos, que eran todos excepto Rocío y Eva, quien, por dormir en nuestra misma tienda, ya se había despertado. Esa tarea de obligar a aquel grupo de dormilones a levantarse, me encantaba. Me dejaba ese gustillo en la boca de venganza ejecutada, de travesura que sabes no van a castigar... una felicidad casi morbosa -dirían algunos-, al ver las caras y oír los comentarios de esos que otro día de sus vacaciones se quedarían durmiendo hasta el mediodía. Y con una voz como de ultratumba se oía decir a Gonzalo dentro de su tienda: "Hay que replantearse la situación", para volver a dormirse al momento siguiente. El más rápido de los chicos era siempre Julián, quien solía salir de la tienda aún antes de que empezáramos a despertar a la gente. Como dice Rocío, ¡lo bueno escasea!

Mientras todos se despabilaban, Rocío fue al coche, aparcado muy cerca de las tiendas, para sacar todo lo del desayuno: la leche -cuatro litros que calentábamos en un camping-gas-, el Cola Cao y los sobrecitos de Nescafé y azúcar, además de las galletas que nos tocaban hoy. Ni siquiera el vaso de leche caliente consiguió despertar a varios, que, de pie alrededor de la cacerola de la leche, parecían zombis moviéndose más por inercia que por voluntad propia.

Una vez desayunados, había que preparar la comida y meterla en las bolsas; una ensalada, un bocadillo de salchichón, algo de fruta... la bolsita de frutos secos y el limón con el terrón de azúcar, y ya estaba todo. Yo quería ayudar a preparar las bolsas de la comida, pero continuamente tenía que ir a donde estaban las tiendas, para ayudar a recogerlas. Llevábamos cinco tiendas, una normal, de forma rectangular, y cuatro de tipo iglú. Yo había montado y desmontado varias veces tiendas de este tipo, por lo que sabía bien cómo se debían recoger, pero los demás al principio no se aclaraban -algunos, como Jose Manuel, Gonzalo y Eugenio, parecía que no se aclararían ni hoy ni nunca-.

Con la rapidez que nos caracteriza, recogimos, desayunamos, lavamos los vasos en el río, guardamos bolsas, sacos y tiendas en el coche, llenamos las cantimploras y estuvimos listos para salir en unas dos horas... en fin, una vergüenza. Pepa decidió hacer esta etapa del camino andando con los demás, en vez de hacerla en el coche con Pablo. De todas formas la etapa era corta -18 km-, y Pablo podía estudiar mientras nos esperaba.

El pueblo de Toral de los Vados no pertenecía al camino de Santiago. Debíamos andar unos 8 km hasta Villafranca del Bierzo para, desde allí, seguir ya por el camino. El problema es que no había una senda clara para ir de un pueblo a otro, y lo que iban a ser 8 km se convirtieron en unos 10, o tal vez más. Pero encontramos un buen atajo: las vías muertas del tren que llegaban hasta la estación de Villafranca, por las cuales hicimos la mitad del trayecto. El día era caluroso, pero soportable, y todos íbamos bien, aunque era bastante incómodo caminar sobre la piedrecillas sueltas y los tablones que

sujetaban los carriles, por lo que paramos a descansar un par de veces, para beber y tomar algunos frutos secos.

Desde el primer momento en que se entraba en Villafranca se notaba que ya estábamos en el camino jacobeo: Unas instalaciones con tiendas de campaña y servicios para los peregrinos a la entrada del pueblo; carteles, dibujos, y varios grupos de peregrinos, andando o en bicicleta, quienes, como nosotros, se dirigían a la iglesia del pueblo. Allí encontramos también a Pablo, que nos esperaba con el coche.

La iglesia de Santiago del pueblo de Villafranca del Bierzo, una pequeña construcción románica del siglo XII, es famosa sobre todo por su "Puerta del Perdón", en la cual, aquellos que no pueden seguir el camino hasta Santiago, por una buena razón, ganan las mismas indulgencias que les serían concedidas en Compostela. Junto a la iglesia había un albergue donde sacamos nuestras Credenciales de Peregrinos. Estas consistían en unos librillos en los que escribíamos nuestros nombres, y donde indicábamos el pueblo de donde partíamos. A continuación había mucho sitio en blanco para que en cada pueblo por el que pasáramos, o al menos en donde durmiéramos, nos pusieran unos sellos que, una vez en Santiago de Compostela, fueran prueba de que habíamos hecho al menos 100 km andando antes de llegar a la ciudad santa, con lo cual obtendríamos nuestro diploma de peregrinos.

Tras arreglar lo de las credenciales y visitar la iglesia, bajamos al río, donde algunas personas se estaban bañando. Allí decidimos comer, poner los pies en remojo dentro del agua helada, y hubo también algún loco que se bañó. Así, a lo tonto, pasamos más de tres horas en este pueblo, y debíamos ponernos de nuevo en marcha cuanto antes. Llenamos las cantimploras de agua y siguiendo los carteles, nos dirigimos al camino, que seguía por la carretera nacional, recién asfaltada, lo cual significaba un asfalto negro y caliente que parecía evaporarse con el calor de la tarde. Y caminamos por la carretera, entre las montañas, junto a árboles que no nos daban ninguna sombra, cada vez con más calor y sed. Si no hubiera sido por el calor, habría resultado muy divertido caminar por la carretera, ya que muchos conductores nos saludaban y daban ánimo, especialmente los camioneros. Por nuestra parte, cada vez que pasaban 'peregrinos' en bicicleta, les cantábamos el himno de 'Indurain'. El calor y la sed se hacían cada vez más insoportables; yo ni siquiera podía abrir la boca para hablar, y me concentraba en las conversaciones de los que caminaban a mi lado para intentar distraerme. Paramos un par de veces, y algunos aprovecharon para ir hasta el río, que discurría junto a la carretera, para refrescarse. Otros empezaban a sentir ya la molestia de ampollas en sus pies. No sabíamos exactamente cuánto nos quedaba de camino, ya que según la guía que Pablo llevaba consigo faltaban 5 km, y según la de Eugenio, sólo 3. Yo preferí escoger la opinión de Eugenio, aunque todos nos preparábamos para seguir andando durante una hora más. Con mis últimas fuerzas, pude sacar el limón de mi mochila, lo partí por la mitad y, colocando un azucarillo sobre él, empecé a chuparlo como si fuera un helado. Yo no esperaba que me sirviera de mucho, pero el caso es que al momento había olvidado prácticamente la sed y me encontraba con nuevas energías para seguir marchando.

Cuando volvíamos a notar el cansancio, un par de kilómetros después, vimos un cartel a lo lejos: "TRABADELO...", desde lejos no podíamos ver el número que indicaba la distancia que quedaba hasta el pueblo: ¿3..4..2..1? ¡1! Apenas podía creermelo, y con las pocas fuerzas que guardaba, salté gritando de felicidad: -¡1, 1, sólo 1 km!

Salimos de la carretera a una vereda rodeada por frondosos árboles que nos llevó al pueblo. No llegamos a entrar en él, pues a un lado del camino encontramos el coche de Pablo, aparcado junto a una explanada entre los árboles cerca de un río. Este era, nos dijo Pablo, un buen sitio para acampar, de modo que dejamos todas nuestras cosas tiradas en el primer sitio que encontramos.

El resto de la tarde la teníamos para descansar, de modo que cada cual se puso a hacer lo que quería. Unos cuantos fueron al pueblo para llenar las cantimploras en una fuente, y a comprar algunas bebidas.

Otros fueron a bañarse al río, y los demás nos quedamos en el llano, tumbados en la hierba con los pies en palanganas con agua y saltratos, leyendo, tocando la guitarra, u observando los árboles que nos rodeaban, de cuyas ramas colgaban calcetines y ropa secándose. Así estuvimos hasta la hora de la cena. Había que sacar todo lo necesario del coche, y como Rocío sabía bien lo que tocaba hoy y cómo había que hacer la cena, no nos hizo caso cuando le dijimos que nos permitiera a nosotros hacerla. De todos modos conseguí que me dejara ayudarla, y así preparamos una estupenda cena de albóndigas con puré y, de postre, melocotón en almíbar. Preparar la cena no era complicado; el problema estaba en recogerlo todo, ya que cada uno tenía un plato que lavar, y además estaban las cacerolas e instrumentos de cocina usados para calentar la comida. Entre un gran desorden, acabamos lavando los platos en la acequia que pasaba junto al campamento, donde por la tarde habíamos lavado algo de ropa. Estaba oscureciendo, de modo que tuvimos que darnos prisa.

Hacia las 9 de la noche Eva nos dijo que había que empezar a hacer alguna de las dinámicas que había preparado para el viaje; al principio nadie tenía demasiadas ganas de hacerla, por lo que Eva escogió una entretenida para que no nos resultase aburrido: "Ligero de equipaje", en la cual debíamos decidir qué cosas son realmente imprescindibles para nosotros. Estuvimos allí sentados hablando alrededor de una lámpara de gas hasta las 11.30, hora en la que decidimos que era demasiado tarde y nos fuimos a dormir. Parecía que los mismos del día anterior iban a pasarse otra noche más hablando, pero al fin se hizo el silencio, y pronto me quedé dormida escuchando la constante música de los grillos.

## *6 de Agosto: Trabadelo - Cebreiro*

### *"Una subida terrible"*

Tras pasar una buena noche, a las 6.30 nos levantamos todos con energías para empezar un nuevo día de camino. La etapa de hoy, según me habían dicho, era la más difícil, pues debíamos marchar 21 km hasta Cebreiro, que se encontraba en lo alto de una montaña a unos 2000 metros de altura.

Con una mejor organización que el día anterior, conseguimos ponernos en marcha a las ocho. Cruzamos el pueblo de Trabadelo y de nuevo volvimos a la carretera, aunque pronto salimos de ella para coger un camino más estrecho. Esta primera parte del trayecto la hicimos muy bien; andábamos rápido, a una media de 4 km/h, que era bastante cargando con nuestras mochilas. Y tras 8 kilómetros de marcha nos encontramos en la ladera de la montaña sobre la que se encontraba el puerto de Piedrafita. -Pero no vamos a pasar por este puerto -me dijo Eva-, sino por la montaña que hay al lado.

Desde que empezamos la subida, me di cuenta de lo terrible que iba a resultar. El primer tramo del camino era de asfalto, y ya por él encontramos ciclistas que tenían dificultades para subir, especialmente aquellos que iban cargando con mochilas. Pero pronto el camino de bicicletas y el de caminantes se separó, y nos vimos andando por un camino de tierra y piedras, a veces bajo la sombra de los árboles, y otras veces sin protección del sol que ya a las 10.30 calentaba con bastante fuerza. Pronto se vio quiénes estaban preparados y entrenados para subir montañas: aquellos que habían practicado con subidas por montes como los Picos de Europa, con campamentos, o sencillamente, con mucha fuerza y resistencia. Y, aunque al principio intentábamos ir todos juntos, llegó un momento en que aquellos que podían, se adelantaron hasta perderse de vista: Rocío, Eugenio, Julián, María Fernández y Jose Manuel desaparecieron pronto camino arriba. Eva también aguantaba muy bien, pero iba ayudando a Mónica, quien parecía tener grandes problemas respiratorios y de resistencia. Un peregrino con que se cruzaron se ofreció a ayudarlas, de modo que entre Eva y ese chico cogieron a Mónica de la mano y la ayudaron a subir. Peor aún parecía ir Gonzalo, quien, aparte del cansancio, tenía problemas con los pies por culpa de las ampollas. El iba de los últimos, con Pablo Cerezo, Lorenzo y con María Montero, e iban despacio, descansando a cada rato. De los retrasados, Esperanza era de los que mejor iban, pero caminaba despacio y, cuando me encontré, que iba, como siempre, a medio camino entre los adelantados y los retrasados, se quedó conmigo, pues yo también tenía muchos problemas para avanzar. Estoy muy acostumbrada a dar paseos de varios kilómetros, especialmente por la playa o cerca de mi casa, donde todo es llano; y aguanto mucho. Pero nunca había tenido que subir andando un monte tan alto -de hecho, mi vértigo me había impedido a menudo subir a sitios bastante más bajos que esta montaña-, y mi cuerpo lo notaba. Aparte de la dificultad para respirar, que cada vez era peor, sentía el corazón latir más y más rápido, hasta que parecía que iba a explotar en cualquier momento. Esto, sumado al terrible calor del mediodía, me obligaban a detenerme cada poco rato de camino. Sabía que, como todos decían, era peor parar pues luego era más difícil recuperar el ritmo de la marcha. Sin embargo, mi problema no era el ritmo, ni los pies; yo no sentía ni las piernas, ni la carga de la mochila, únicamente percibía el insistente martillar del corazón en mis oídos, y sabía que lo que necesitaba era descansar hasta acostumbrarme a la altura. Así, parando cada poco rato, y gracias a la compañía de Esperanza, tuve aún fuerzas para llegar a un pueblo donde dije que ya no avanzaba más. Los demás estaban de acuerdo; eran más de la una de la tarde, y tal vez los rápidos hubieran llegado ya a Cebreiro. Todos estábamos cansados y necesitábamos reponer energías, de modo que, tras rellenar las cantimploras en una fuente, saltamos una valla de piedra que separaba el camino del campo, y allí nos pusimos a comer. Los peregrinos que no nos habían adelantado antes, lo hicieron entonces; pero no nos importaba mientras ahora pudiéramos descansar y nuestro destino siguiese allí cuando llegáramos a lo alto del monte, fuera a las 4 de la tarde o a las 12 de la noche. Sabíamos que desde este pueblecito nos quedaba por recorrer unos 4 ó 5 km, que, en nuestra situación podía

significar fácilmente dos horas más. No recuerdo bien lo que comimos, sólo la lata de sardinas, con tomate o en aceite, que a mí me sentó muy bien, pero que Pablo apenas pudo probar pues un perro se comió sus sardinas. Tras comer, algunos se tumbaron a descansar. Yo, sin embargo, no quise esperar. Mi corazón se había calmado y me encontraba muy bien, y excepto por un poco de agujetas en una pierna, tenía bastantes fuerzas para seguir. Decidí adelantarme, pensando que, en el caso de que, como antes, tuviera necesidad de pararme a menudo a descansar, ellos me irían alcanzando, pero yo no les retrasaría. Me fui sin que casi ninguno se diese cuenta, pues parecían estar demasiado cansados para prestarme atención; cogí mi mochila y me puse de nuevo en camino.

Tras un rato de camino me di cuenta de que posiblemente no tendría necesidad de parar, pues, ya acostumbrada a la altura, me veía con muchas energías y, aunque estaba cansada, sabía que podría resistir bien hasta llegar arriba de la montaña. Aunque ahora andaba bastante rápido, sentía que el camino no iba a terminar nunca; caminando por una estrecha vereda rodeada de helechos, sin un sólo árbol cerca, y sin otro pueblo ni casa a la vista. Oí el ruido de una moto a lo lejos, y mi mente buscaba un montón de excusas para pedir a su conductor, cuando pasase junto a mí, que me llevase, aunque sabía que al final no le diría nada.

Llevaba ya un buen tramo recorrido, cuando, al estar llegando a una curva que me ocultaba el resto de camino, vi aparecer por la curva a Pepa, seguida de Pablo. Les alcancé, casi corriendo. -Ángeles, de verdad; cuando os he visto me habéis parecido ángeles, con alas y todo. Me dijeron que los que iban delante ya habían llegado a Cebreiro, y me indicaron cómo llegar hasta donde estaban descansando. Yo les dije dónde había dejado a los otros, que ya debían haberse puesto en camino. -Nosotros hemos tardado un cuarto de hora en llegar hasta aquí -me dijo Pablo cuando le pregunté cuánto me quedaba de camino-, de modo que tú tardarás unos veinte minutos. Tras cogerme la mochila, Pablo y Pepa me dejaron para ir a ayudar a los rezagados, y yo seguí por la vereda camino arriba, con tal rapidez que no tardé más de un cuarto de hora en llegar. Cuando ya me faltaba poco, encontré un peregrino que caminaba muy despacio, cojeando y apoyándose en su bastón. Por un momento pensé en ayudarle, pero me di cuenta de que, a pesar de las energías que sentía en este momento, si hubiera tratado de ayudarle, a los pocos minutos habríamos acabado los dos muertos de cansancio.

Cuando llegué a la primera casa del pueblo, apenas podía creerlo. A la entrada había una zona de camping, por donde estuve buscando a los chicos. Como no les encontraba, decidí bajar por la carretera a la que salía el camino y que seguía bordeando la montaña. Pero enseguida encontré otra entrada al pueblo, junto a la iglesia y al hostel, donde estaba aparcado el coche de Pablo. Y cerca de él, tumbados de cualquier manera sobre los aislantes, en el suelo o en la barandilla de piedra que separaba el pueblo de la carretera, mis amigos. Parecían todos dormidos, y no se percataron de mi presencia, de modo que me senté a su lado sin hacer ruido, observando mi alrededor y recordando lo que sabía sobre este lugar. Junto a nosotros había una palloza, una típica casa celta de planta oval y de techo cónico cubierto de paja, que hoy parecía ser usada como granero.

En cuanto a la iglesia, sabía que era famosa por el "Milagro Eucarístico del Cebreiro, acontecido hacía mucho tiempo: Un campesino de otro pueblo subió a Cebreiro en un día de gran tempestad sólo para oír misa. Celebraba la eucaristía un cura de poca fe, quien despreció el sacrificio del campesino. Pero, llegado el momento de la consagración, la hostia se convirtió en carne y el vino en sangre, visibles. El cáliz del milagro (del siglo XII) y el relicario se conservan hoy en la iglesia, donde son expuestos a los fieles. El famoso compositor Wagner encontró en esta narración de los peregrinos tema para su "Parsifal".

Interrumpí mis pensamientos al ver a Julián que se despertaba con un gran susto al moverse sobre la baranda de piedra donde descansaba hacia el lado de la carretera, de la cual estaba a metro y medio de altura. Le saludé y, poco a poco, los demás se fueron despertando y dando cuenta de mi presencia. Me dijeron que a la una se habían detenido a esperarnos, pero que como no aparecíamos habían seguido

subiendo, y ya habían comido. Media hora más tarde llegaron los demás, acompañados por Pablo y Pepa.

El hostel contaba con unos servicios casi decentes, y una máquina de refrescos que nos vino muy bien. Estaba junto a la zona de acampada, una gran explanada de terreno donde mucha gente estaba instalando ya sus tiendas, por lo que nosotros decidimos hacer lo mismo. Después, algunos fuimos a un albergue que nos habían dicho estaba al otro lado del pueblo. Según yo había leído en una guía, el pueblo de Cebreiro era muy pequeño, insignificante; y me llevé una gran sorpresa cuando lo recorrí. No estaba formado por viejas casas de piedras superpuestas sin cemento, como todos los pueblos que había visto durante el camino; las casas, así como las calles, eran de grandes piedras unidas con cemento. Las calles se veían limpias -sin rastro del paso de las vacas- y en bastante buen estado. Y había mucha gente, aunque la mayoría eran peregrinos.

A la salida del pueblo, sobre una pequeña colina, estaba el albergue, con un lavadero de ropa y duchas; el problema es que había mucha gente haciendo cola para poder entrar, y Julián, María Montero y yo tuvimos que esperar más de media hora hasta que nos dejaron una pila para lavar la ropa. Tuvimos que frotar poco con el jabón que llevábamos antes de que empezara a salir la suciedad de nuestra ropa, aunque no logramos dejarla impecable, nos quedó bastante decente. Había un tendedero junto a las pilas, pero estaba lleno de ropa y no podíamos dejar la ropa tan lejos del campamento. Estábamos terminando cuando María, que había terminado la primera, nos dijo a Julián y a mí que los demás se estaban duchando, de modo que recogí la ropa limpia y volví al campamento a por la toalla. Las duchas estaban bastante bien, aunque algunos no opinaban lo mismo. Es cierto que el suelo estaba muy sucio, pero después de todo lo que habíamos pasado y de un par de días sin ducharnos, tras largas caminatas por caminos de tierra, cualquier cosa sirve, y, del mismo modo que nos empezábamos a acostumbrar a los servicios más sucios que pudiéramos encontrar por el camino, nos acostumbraríamos también a ducharnos en los peores sitios. El mayor problema estaba en el agua fría, que algunos no aguantaban, pero como yo estaba acostumbrada a las duchas frías en verano, no tuve grandes problemas.

Con todo bien instalado, la ropa secándose extendida sobre las tiendas de campaña y todos aseados, decidimos hacer alguna dinámica. Hicimos dos: una sobre la libertad, titulada "Nos la jugamos a las cartas", y la otra, el clásico "Amigo invisible"; se repartieron los papelitos con los nombres un par de veces, ya que la primera uno de los papeles se extravió. No debíamos decir en todo el viaje, a no ser que lo averiguara la persona interesada, quién era nuestro amigo invisible. Yo guardé el secreto -sólo lo sabía Eva- durante y tras la peregrinación. Ahora, sólo diré que mi amigo es, según diría yo misma días más tarde, como un "ratoncito de campo muy simpático".

La cena consistió en sopa de pollo y ternera con menestra, acompañada con una botella de vino que habían comprado. Claro que yo hubiera preferido una botella de Coca Cola, el vino no me gusta. Cenamos muy bien, y después yo me ofrecí a lavar varios platos y los cacharros grandes en una pila que había junto al hostel. Otros me acompañaron para lavar sus cosas, llevando una lámpara de gas para iluminarnos. Cuando volvimos a las tiendas era ya muy tarde; miré que no quedara nada tirado fuera de las tiendas que se pudiera perder; la ropa tendida ya la había recogido hacía rato, y nos fuimos a dormir. Cuando iba a meterme en la tienda vi que por el este se iban acercando nubes hacia nosotros, pero no le di importancia.

## Capítulo 3

### *7 de Agosto: Cebreiro - Triacastela* *"Camino por la niebla"*

Había pasado una buena noche, pero, al despertar, me di cuenta de que el interior de la tienda estaba bastante húmedo. Las nubes que había visto acercarse el día anterior habían llegado hasta nosotros, formando a ras del suelo una espesa niebla que empapó nuestras tiendas y nuestras mochilas. Levantarse, hacer el desayuno y, especialmente, recoger las tiendas empapadas, era algo difícil e incómodo con esta humedad. Si al menos hubiera sido lluvia, que cae de arriba a abajo, el interior de las tiendas y las bolsas tapadas por los sobretechos estarían más o menos secas, pero con la niebla el agua había entrado por todas partes.

Nos abrigamos, con pantalones largos y jerseys y chubasqueros, y para proteger las mochilas las cubrimos con bolsas de basura. Pablo Cerezo, que en vez de chubasquero llevaba una capa de agua, no usó bolsa de basura, sino que puso su mochila bajo la capa, pareciendo, con ayuda de la niebla, un dromedario.

Mojadas, llenas de paja y suciedad del suelo, las tiendas de campaña pesaban y ocupaban mucho espacio, por lo que no fue fácil meterlas en sus bolsas. En cuanto al desayuno, aunque pasado por agua, nos sentó bien un vaso de leche caliente. Lo incómodo fue preparar las bolsas de comida y cortar el chopped de los bocadillos.

Habíamos pensado esperar a que saliese el sol y el cielo se despejase un poco antes de ponernos en marcha, pero cuando vimos que la niebla iba a durar bastante, y que la poca luz que nos llegaba del sol no nos iba a servir de mucho, decidimos irnos ya, así que nos despedimos de Pablo y Pepa, que habían quedado encargados de comprarnos el pan, y nos pusimos en camino. Desde que llegamos a Cebreiro dejamos León y entramos en Lugo, Galicia. Y la primera impresión que recibí del paisaje gallego no fue muy buena, ya que apenas se veía nada; sin embargo, después del calor de los días pasados, venía bien un día así. Hoy debíamos llegar hasta Triacastela, a 23 km de distancia.

Siguió nublado casi todo el día, pero después de un rato andando dejamos de tener frío. A mitad de camino encontramos un Monumento al Peregrino, representado por una gran escultura que, rodeada por la niebla, casi parecía un peregrino auténtico caminando con dificultad debido al mal tiempo.

El camino era bueno -aunque veíamos poco de él-; bastante llano, y en algún momento tuvimos que ir por la carretera; eso era lo peor, pues con la niebla los coches podían no vernos, así que en esos momentos yo me puse la primera, pues mi chubasquero rojo era el más visible, con una linterna que encendía cuando veía acercarse un coche.

No habíamos quedado con los del coche en ningún lugar concreto, de modo que, al ir a dejar la carretera, escribimos en una tubería de cemento y con un trozo de ladrillo, un mensaje en que, tras dibujar el emblema de mi urbanización, escribimos un lugar donde quedar con ellos. A pesar de nuestros esfuerzos, yo estaba segura de que no verían el mensaje.

Sólo tuvimos un par de cuestas arriba, nada después de lo del día anterior, y, cuando llegamos a lo alto de un monte, nos encontramos a Pablo y Pepa esperándonos. Como imaginaba, no habían visto el

mensaje; sin embargo, por una coincidencia, nos estaban esperando justo en el lugar que indicábamos en la tubería.

Estuvimos allí poco tiempo, justo para coger el pan, ir al servicio de un bar que teníamos al lado, y quitarnos la ropa de abrigo, ya que el día empezaba a mejorar. Después nos despedimos de los conductores y nos pusimos de nuevo en marcha.

A partir de ese momento el camino era casi todo bajada, lo cual significaba que, aunque andaríamos bastante rápido, acabaríamos agotados, con las piernas cargadas. De todos modos al andar íbamos muy bien, excepto los que tenían molestias por sus ampollas, y el que peor caminaba era Gonzalo. Apenas tuvimos que parar, ni siquiera para, como la llamábamos, la "parada de los frutos secos", tan esencial para nosotros los días anteriores.

El camino discurría desde hacía rato por medio de la montaña, siendo una estrecha vereda entre helechos, desde la que teníamos una vista preciosa; a lo lejos se veía un pueblo que imaginamos era Triacastela.

Paramos a comer en un pequeño espacio llano junto al camino, cerca de una casa que parecía abandonada. Hoy teníamos ensalada, bocadillo de chopped y una naranja. El limón, creo que pocos necesitamos tomarlo.

A medida que llegábamos a Triacastela el tiempo mejoraba y los "rastros" dejados por las vacas, ya habituales en nuestro camino, eran cada vez más abundantes. En un momento dado, tuve la mala suerte de resbalar al pisar un excremento de vaca, y, de no haber puesto la mano a tiempo, habría acabado sentada sobre ella. Ahora bien, ni mi mano ni mi zapatilla y calcetín se salvaron. Me limpié como pude, con las plantas junto al camino y las toallitas húmedas que tenían algunos, e intenté no hacer caso de las risas de todos por mi pequeño descuido, el cual menciono en estas memorias en contra de mi voluntad.

En fin, llegamos a Triacastela a las 3 de la tarde. Antes de entrar en el pueblo, había un gran descampado donde se podía poner tiendas; dos edificaciones servían de albergue y en una de ellas había duchas. El lugar era estupendo. Escogimos una zona cerca de la barandilla de piedra que nos separaba del camino donde el terreno no estuviese muy inclinado, y allí nos instalamos. Rocío, Eva y yo tuvimos la suerte de encontrar un montón de paja que seguramente alguien colocó otro día para poner su tienda encima, y también nosotros pusimos nuestra tienda allí. Hoy dormiríamos sobre blando.

Las tiendas seguían mojadas, así que, como había salido el sol y hacía calor, colocamos sólo la parte interior de las tiendas. Los sobretechos los extendimos sobre la hierba, e hicimos lo mismo con la ropa que habíamos lavado el día anterior y que aún no se había secado. Una hora después de llegar, el espacio usado por nosotros parecía más un campamento de gitanos que unas tiendas de peregrinos, con bolsas, tiendas y ropa desperdigada por todos lados. Y, tras una ducha de agua fría -pero...¡qué delicia!-, dejamos también las toallas sobre las tiendas para que se secan.

Después de un rato de descanso, unos cuantos fuimos a ver el pueblo y a tomar algo a un bar, de paso que íbamos a que nos sellaran las credenciales, que podían hacerlo tanto en un albergue como en un bar.

La iglesia del pueblo era antigua, de piedras superpuestas y con el cementerio pegado al edificio -como casi todas las iglesias que pasábamos en nuestra marcha-. El interior no era tan bonito; tenía una decoración muy variada y no muy acertada. Las figuras del altar -dijo Rocío- parecían muñecas de porcelana como las que se hacían antes. Yo no me fijé mucho en la decoración, porque me llamó la atención algo que vi a la derecha del altar: un reloj de pared, allí, dentro de la iglesia; era la primera vez que yo veía algo así -aunque esto no es nada comparado con lo que veía unos días después-.

En el bar del pueblo estuvimos un rato sentados, bebiendo unos refrescos, y después volvimos al campamento, pues se nos hacía tarde para realizar la dinámica antes de cenar.

Empezamos a hablar sobre la oración, pero pronto la charla degeneró en una discusión sobre los temas más diversos: la libertad que Dios nos ha dado y el origen del mal en el hombre, el amor, qué es bueno y qué es malo... Y seguramente pocos hoy recordarán bien qué se dijo exactamente, pues, como suele pasar, al final eran pocos los que hablaban, y aquellos que podían, no escuchaban lo que los otros decían, sino que tenían preparada ya de antemano una respuesta a lo que el otro dijera, fuera lo que fuese. Una de estas discusiones que a mí me ponen de mal humor porque nadie escucha nada, no hay orden y al final no se saca ningún resultado positivo; de hecho, no se saca nada. Y, como siempre, yo me guardé mi opinión para contársela a las flores, que sin duda estarían más dispuestas a escucharme. De todos modos, sobre el tema que se discutía no creo que nadie pueda haberse puesto de acuerdo nunca: Si Dios nos ha dado la libertad, ¿cómo puede conocer nuestro futuro? ¿Está nuestro futuro realmente escrito?

Tras la dinámica, cuando aún no había anochecido, preparamos la cena sobre la baranda de piedra, la cual nos vino muy bien pues teníamos el coche al lado y la usábamos de mesa. Casi todos participamos para preparar unos estupendos tortellini con nata y bacon y cebolla fritos. Al final, aunque el paquete decía que era para muchas más raciones de los que éramos, tocó a poco. De todos modos teníamos después fiambre para tomar con pan.

Habíamos visto en un cartel que en el pueblo iba a cantar un grupo musical, "Alex y Manuela", y parecía que la gran mayoría quería ir al pueblo. Solo Gonzalo, bastante fastidiado por sus pies, Eugenio, Rocío y yo nos quedamos en el campamento. Yo me acosté en seguida; otros, se quedaron hablando junto a las tiendas.

Aquellos que habían ido al pueblo, encontraron que este grupo musical cantaba sólo en gallego. María se acercó al escenario para pedir que cantaran alguna canción en castellano; entonces la cantante dijo al público que unos madrileños habían pedido una canción en castellano, pero como ellos querían defender la madre tierra, todo lo cantaban en gallego. Sin embargo -dijo- podían tocar música y que esos madrileños subiesen al escenario a cantar. Esto dejó a todos cortados, aunque había poca gente viendo el espectáculo. Al fin Eva se animó a cantar y a bailar con María. Les tocaron el chotis de "Pichi", del cual apenas se sabían los pasos de baile y la letra de la canción; pero se defendieron bastante bien, y se ganaron, además de las risas de sus amigos, muchos aplausos de los espectadores. Volvieron a las tiendas hacia las 12.30, cuando ya todos estábamos acostados, pero no dormidos, y Jose Manuel se encargó de despabilarnos a todos para contar lo ocurrido, y entre bostezos, el campamento se llenó de risas.

La noche no era húmeda como la de Cebreiro, pero sí muy fría. Jose, en su alegría, olvidó cerrar del todo la puerta de su tienda, empeñado en que hacía calor, con lo cual sus compañeros, Eugenio y Gonzalo, no parecían muy de acuerdo. Yo apenas pegué ojo. Me tapaba de pies a cabeza con el saco, pero en cuanto me destapaba un poco sentía el frío. Además me resbalaba continuamente hacia abajo y hacia la derecha, hacia Rocío. Miraba a mi izquierda y veía a Eva dormir como un niño pequeño; miraba a la derecha, y a menudo me encontraba a Rocío con los ojos abiertos, que me preguntaba: "¿Qué hora es?"; ella deseando que fuera pronto para poder dormir más, y yo deseando que llegaran las 6 para levantarme de una vez.

## *8 de Agosto: Triacastela - Sarria*

### *"Una visita esperada"*

Tras varios vistazos al reloj, a las 2, 4, 5.30 y 6, llegó el tan esperado pitido del despertador, que me pegó un buen susto.

Al salir de la tienda comprobé que, aunque aún estaba nublado, no hacía frío. Desperté a todos y fui con Rocío a lavarme los dientes mientras todos salían de sus tiendas. Conseguir que todos se levantaran fue especialmente difícil esta mañana, pero una vez en pie y desayunados, recogimos todo muy rápido. Parecía que poco a poco íbamos organizándonos mejor, aunque seguíamos tardando hora y media en hacerlo. Pepa decidió venir con nosotros también hoy, lo cual no hizo muy feliz a Pablo.

Cuando fuimos al pueblo a comprar el pan, allí nos dijeron que los domingos no se hacía pan, pero nos vendieron pan del día anterior, que estaba bastante bien. Después hicimos una votación, ya que podíamos seguir dos caminos: uno por la carretera, que era de 22 km, por el cual pasaríamos por Samos, un pueblo con un monasterio muy bonito, o seguir por el camino francés, que iba por la montaña, y por el que debíamos recorrer 19 km. Al final elegimos este último, pues, como decía Julián, había que seguir el antiguo y verdadero camino. En efecto, a veces encontrábamos restos de la calzada de adoquines por la que habían pasado miles de peregrinos siglos antes que nosotros. Tuvimos que subir un par de cuevas difíciles, pero cortas, y el resto del camino estuvo muy bien. Ibamos muy deprisa, y poco a poco se empezó a diferenciar dos grupos que se irían evidenciando más en los siguientes días. Los primeros iban muy rápido, y aunque variaba, en ese grupo siempre iba Lorenzo, marcando el paso el primero de todos. Le solían acompañar Pablo, María Montero Eva, y Mónica entre otros. Jose Manuel también iba con ellos, aunque él mismo me había dicho que estaba agotado. Julián siempre iba a su aire; parecía el más despreocupado. Empezaba con los últimos, pero con su paso rápido iba adelantando a todos hasta unirse a los primeros. Yo, como siempre, en medio de la partida, para que pareciese que la distancia entre los unos y los otros no era tan grande. También a su ritmo iban Rocío y Eugenio, con mucha energía pero sin ninguna prisa, sin importarles ir los últimos con Pepa y con Gonzalo, incómodo por las ampollas, aunque iban mejorando poco a poco.

Y después había un pequeño grupito, que no importaba dónde estuviese ni quién lo formase, María Fernández, Esperanza, Eva, y, en fin, casi todas las chicas -hasta yo de vez en cuando-, cantando sin cesar canciones infantiles, castizas, populares, típicas de campamentos, e incluso recuerdo una sobre los gallegos que espero no escuchase nadie de la zona. Una de las canciones preferidas por nuestro grupo trataba sobre unos pequeños y viscosos animalitos negros que encontramos a menudo en el camino. La canción decía así:

Una babosa guarra y asquerosa,  
la piso o no la piso.  
¡Uy, la pisé!  
Pobre babosa guarra y asquerosa,  
no era venenosa.

El caso es que, a pesar de lo que algunos opinaran, el viaje era mucho más animado, tanto para nosotros como para los peregrinos con los que nos encontrábamos por el camino, con los cuales nos cruzábamos continuamente, primero nosotros a ellos y luego ellos a nosotros, siempre diciendo al despedirnos:

-Hasta luego... Ya os alcanzaremos... Esperadnos... Buen viaje.

Apenas paramos durante la marcha, y todos aquellos con problemas de ampollas decían estar bastante mejor, aunque Esperanza cojeaba pues le dolía el tendón del pie izquierdo.

Tardamos poco más de 4 horas, de modo que a la 1 del mediodía ya estábamos en la entrada del pueblo de Sarria, que, comparado con los pueblos que habíamos visto últimamente parecía una ciudad. Llegamos hasta la zona de acampada, que era un lugar bastante grande y con una organización diferente a los otros lugares. El albergue y campamento de peregrinos de este pueblo no lo dirigía la parroquia, sino la guardia civil.

Esperábamos la visita de mi padre y del padre de Pablo y Eugenio, que venían en coche desde León, y que, según nos habían dicho, nos invitarían a cenar. Pablo no estaba en el campamento cuando llegamos, por lo que nos imaginamos que habría ido a buscarlos, o que estaría con ellos en un bar, haciendo tiempo hasta que nosotros llegáramos. De modo que nos sentamos sobre la hierba junto a la oficina de peregrinos, que estaba a la entrada del campamento, y nos pusimos a comer allí mientras les esperábamos.

Llevábamos bastante rato sentados cuando aparecieron los tres. Nos dijeron que acababan de llegar al pueblo después de un viaje de más de 3 horas. Tras saludos y presentaciones, Arsenio y mi padre decidieron irse a comer a algún restaurante, para dejar que nosotros termináramos nuestra comida e instaláramos las tiendas.

Pablo Huergo me dijo luego que, al ver a mi padre, éste le había dicho:

-¿Tienes alguna aspirina? Porque con la ilusión que me ha hecho verte a ti, cuando vea a María me va a dar un ataque.

La zona de acampada era enorme, y no estaba fuera del pueblo, como había estado los otros días. Había varias tiendas del ejército a un lado. El resto estaba vacío para poner nuestras tiendas, dejando un espacio libre para pasar los coches. Tras este campo, había una cancha de tenis y de baloncesto, separados de nosotros por una verja. y aún más lejos una casa que parecía una casa de muñecas gigante.

Por otro lado, el campamento quedaba separado del pueblo por un río, el cual podíamos cruzar por un puente que había muy cerca de nosotros. En la otra orilla del río había un parque con una fuente donde podíamos llenar las cantimploras, y al lado, un edificio con un bar en el piso de arriba y servicios en el piso de abajo que no estaban en muy buen estado.

Instalamos las tiendas y nos sentamos a descansar, ya que hacía un tiempo estupendo y el sol calentaba al mediodía. Yo aproveché para escribir sobre los sucesos de estos días, pues era difícil recordarlos todos, y mientras unos dormían o leían al sol, Pablo empezó a tocar la guitarra ya cantar, y pronto estuvimos todos en círculo cantando. Se nos unieron luego mi padre y Arsenio, y así pasamos la tarde, cantando y divirtiéndonos hasta que, al llegar las 6.30, nos dijeron que debían marcharse. Me hubiera gustado que se quedaran a cenar con nosotros, pero el viaje de vuelta era muy largo, y debían irse enseguida. Pablo y yo les acompañamos hasta el coche, y así aproveché para hablar con mi madre por teléfono, quien se había quedado con Carmina en Lugueros.

Antes de marcharse, nos dieron a Pablo y a mí las cosas que nos habían traído de cena, y lo llevamos a mi tienda antes de que todos pudieran ver lo que era.

A las 7 hicimos una dinámica, con tiempo suficiente para poder ir a misa de 8. Salimos a las 8 menos cuarto del campamento, sin tener idea de por dónde estaba la iglesia. Un grupo de peregrinos nos había invitado esa tarde a asistir a una misa donde iban a participar, pero no teníamos ni idea de dónde estaba la iglesia. Tuvimos suerte y pronto vimos una iglesia, junto a la que además pasaba -según indicaban las flechas pintadas de amarillo en el suelo- el camino de Santiago. La Iglesia de Santa Marina no era muy típica del camino, pero era bonita; dedicada, según había leído, a una mártir gallega. Coincidió con que esta era precisamente la iglesia donde iban a cantar los chicos con los que habíamos hablado en el campamento, que además resultaron ser de Madrid.

Tras la misa volvimos a las tiendas, donde seguían haciendo el vago los que no nos habían acompañado, y entramos en nuestras tiendas Rocío y yo para preparar la cena, intentando evitar que todos entraran, atraídos como osos a la miel; y no es de extrañar, pues cuatro pollos asados, dos empanadas -de carne y de atún© cinco tortillas de patata y una bandeja de pasteles, era algo irresistible.

Solo consiguió colarse Eugenio, al que al fin Rocío dejó para que le ayudase a partir el pollo. Y menos mal que nadie vio cómo lo partíamos. Parecía que estábamos descuartizando el pollo más que partiéndolo. Pero era imposible partirlo bien y al final nos contentamos con quitarle los trozos que claramente no eran comestibles y partirlo en trozos que se pudieran coger con las manos. Partimos las empanadas y dividimos cada tortilla en cuatro partes, y avisamos a todos para que prepararan sus platos y se colocaran en círculo.

Cuando salimos de la tienda, creo que todo el campamento se nos quedó mirando al ver la cacerola llena de pollo y el resto de la estupenda comida. La cena fue estupenda, nos reímos y comimos como unos muertos de hambre. Teníamos un grupo muy numeroso de ciclistas al lado, cuyo coche de apoyo era un autobús. Como vimos que nos iba a sobrar comida, les ofrecimos pollo y empanada. Ellos, a cambio, nos ofrecieron la ensalada que les había sobrado.

Estábamos acabando cuando se nos acercó un hombre muy simpático que nos dijo había visto bailar a María y a Eva la noche anterior -y no sería el único que nos dijera haberlas visto-. Le ofrecimos comida, pero, aunque nos lo agradeció, no quiso nada. Cuando sacamos los pasteles, en el momento en que dejábamos la bandeja sobre la hierba, Pablo dijo:

-Comed primero los de crema por si sobran, no se vayan a estropear. No sé si alguien le hizo caso, pero no hizo falta. A los diez minutos no quedaba un sólo pastel en la bandeja. Al final lo único que sobró fueron quince trozos de empanada, justo para cada uno para la comida de mañana. No sé dónde echaría Julián tanta comida, porque devoraba como nadie. Claro que el resto de los chicos tampoco se quedaban cortos.

El hombre que habíamos conocido antes volvió a visitarnos, y estuvo un rato hablando con nosotros. Nos dijo que lo importante de esta experiencia no era llegar a Santiago, sino conocer y relacionarse la gente. Y yo estaba de acuerdo con él; porque durante todo el viaje, lo que más me alegraba y divertía era hablar con los otros peregrinos, y saludar a todo aquel con el que me cruzara, y no con un saludo de cumplido, sino con una sonrisa que dijera:

-Hola, hace un día estupendo, ¿verdad?. ¡Qué bien me lo estoy pasando! Que también usted tenga un buen viaje.

Al fin nos fuimos a dormir. No todos, algunos que no tenían sueño fueron a un bar que había cerca, donde estuvieron hasta las 12.30, pero cuando volvieron yo ya estaba dormida.

## Capítulo 4

### *9 de Agosto: Sarria - Portomarín*

#### *"A mitad de camino"*

Todos pasamos una buena noche excepto Eva, a quien la cena debió sentarle mal y por la mañana vomitó. No quiso desayunar nada, y cuando nos pusimos en camino aún no estaba bien del todo.

La etapa de hoy era larga, 24 km, pero no demasiado cansada pues seguía nublado, aunque el tiempo mejoraría a medida que llegaba el mediodía. El paisaje de Galicia era muy hermoso; un horizonte verde y lleno de árboles, muy diferente al de las tierras de Castilla; vacas y caballos junto al camino, y pequeños pueblos de gente sencilla que podrían haber sido de cualquier otro pueblo de montaña de España, si no fuera por ese acento tan característico que yo hasta ahora sólo había escuchado en chistes. Seguir el camino era fácil, pues teníamos, si no carteles que nos indicaran la dirección, mojones de piedra con el distintivo de los peregrinos -una vieira- con flechas o donde se indicaban los kilómetros que faltaban hasta Santiago. Además, e igual que Dorothy siguió el camino de baldosas amarillas para llegar a la ciudad del Mago de Oz, nosotros seguíamos las flechas amarillas. Eran flechas hechas con pintura amarilla sobre la carretera para avisarnos dónde desviarnos, sobre las piedras en un cruce de caminos para mostrarnos cuál era el correcto, y piedras de las casa de los pueblos pintadas de amarillo para indicarnos por qué calle seguir. Había momentos en que el camino prácticamente desaparecía y parecía que nos habíamos perdido, cuando encontrábamos una de esas flechas. Lo que todos nos preguntábamos es quién se habría dado la paliza de recorrer todo el camino de Santiago para pintar todas esas flechitas.

Tras una bajada muy empinada apareció el pueblo de Portomarín ante nuestros ojos; se llegaba a él a atravesando un enorme puente que cruzaba el río Miño, hoy absorbido en esta parte por el embalse de Belesar. Durante la marcha los grupos se habían distanciado mucho unos de otros, y cuando yo llegué al puente no veía ni a los que iban delante ni a los que tenía detrás; iba sola con María Montero, y ella me ayudó a cruzar el largo puente, pues sentía vértigo. Tras cruzar el río tuvimos que subir una alta escalinata -que me cansó más que todo el día de marcha-, y allí encontramos a Pablo y Pepa esperándonos con los peregrinos que ya habían llegado. Los que faltaban ya estaban cerca, y una vez estuvimos todos arriba nos hicimos una foto en los últimos escalones. Tras la escalera había una pequeña ermita bajo la cual pasamos, que era la puerta de acceso al pueblo. Portomarín es un pueblo bastante grande y nuevo, ya que en realidad este no es el pueblo original. El embalse de Belesar inundó el primitivo pueblo de Portomarín, que estaba situado a ambos lados del río Miño. Dicen que cuando las aguas del embalse bajan bastante, se puede ver restos del pueblo y, en el centro, el puente que unía las dos partes del pueblo. Al nuevo poblado se trasladaron los edificios más interesantes, como la iglesia de San Nicolás o la de San Pedro. El albergue estaba junto a un parque donde se podían instalar las tiendas. El parque era bastante pequeño para tantas tiendas como había, y por ello Pablo y Pepa, nada más llegar, habían instalado todas las tiendas para que no nos quitaran el sitio. A pesar de todo estaban muy juntas; pero el lugar era bueno, pues estábamos frente a la fuente del parque y había un espacio a nuestro lado sin tiendas y con un banco de piedra donde podíamos descansar ahora y, a la hora de la cena, preparar la comida. El mayor inconveniente es que el terreno estaba bastante inclinado, y ya me iba haciendo a la idea para pasar otra noche en vela. Pegada al parque se encontraba la iglesia de San Pedro, que era bastante pequeña y en la misma calle, junto al albergue, teníamos servicios y duchas, que encontramos enseguida gracias a la larga fila de gente que llegaba hasta allí.

Comimos y descansamos a la sombra de los árboles junto a las tiendas. Unos se enteraron de que había una piscina a la que se podía ir por sólo 150 pesetas, y muchos fueron a bañarse. Yo preferí una ducha, aunque fuese de agua fría. Mientras esperaba en la fila, que ya no era tan larga, ayudé a una mujer extranjera -por su aspecto yo diría que inglesa- a hacerla entender que no podía lavar su ropa en los lavabos del servicio, pues estaba prohibido, y aunque no tenía idea de como se decía 'lavadero' en inglés, conseguí explicarle que había uno cerca.

Había pensado poner los pies en remojo un rato, ya que yo no lo hacía desde el primer día, pero cuando volví de la ducha encontré que la palangana que iba a usar la tenía María Fernández, de modo que decidí ir a ver el pueblo. Entré en una tienda de regalos, para comprar algún recuerdo, y después fui a visitar la iglesia de San Nicolás, que estaba al lado. Esta, conocida anteriormente como Iglesia Prioral de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, es una excelente iglesia-fortaleza románica, del siglo XII. En la fachada principal, orientada hacia Poniente, hay un rosetón, y el techo está almenado como si fuera el torreón de un castillo. El interior está formado por una sola y gran nave, y nada más entrar puede verse algo que llama mucho la atención; a mí, al menos, me dejó asombrada. Junto al altar, a la izquierda, y dentro de una pequeña y sencilla cruz de madera, un reloj digital cuyos números amarillos brillantes se ven desde antes de entrar en la iglesia.

Me compré una Coca Cola y volví al campamento, donde ya pude poner los pies en remojo. No tenía ni una sola ampolla -era de los pocos a los que aún no les había salido-, y no me dolían, pero un momento de descanso para ellos y para mí no venía mal. La lástima es que no pudiera dormirme, porque yo soy incapaz de quedarme dormida hasta por la noche. Mientras estaba ahí tumbada en la hierba fueron llegando los de la piscina, y a las 7 ya estábamos listos para hacer una dinámica. Esta se titulaba "El retrato" o "Si fuera", y consistía en que, mientras uno de nosotros se alejaba, los demás elegiríamos a uno de los que habíamos quedado. Luego el que se había marchado volvería y tendría que adivinar de quién estábamos hablando mediante preguntas del tipo de 'si fuera...' un animal, una planta, una profesión, un color... Salieron así las cosas más raras y más lógicas, algunos descubrieron enseguida de quién se hablaba, y con otros estuvimos siglos preguntando. A mí me identificaron enseguida, y quedé como 'una margarita o una amapola, un color verde o gris -me quedo con el verde-, y, como animal, no era difícil, un perro o un gato. Esto sin duda se debe a esa manía que yo tengo de ladrar y maullar, cosa que me encanta por ver a las personas junto a las que paso volverse a ver dónde está el animal, y por ver a los perros que se ponen a ladrar histéricos sin ver otro perro cerca. No recuerdo bien cómo quedaron los demás, sí recuerdo que María Fernández era un violín, Julián un libro de literatura, Eugenio un coche teledirigido y Esperanza un ratoncito de campo.

Tomamos de cena una sopa de mariscos y ravioli, además de unas albóndigas que les habían sobrado a otros. El hombre de barba con quien habíamos hablado en Sarria volvió a visitarnos, y dijo que ya no nos veríamos más, pues ellos se iban a quedar el día siguiente en Portomarín para descansar, lo cual me dio mucha pena, a pesar de que ni siquiera sabía su nombre ni de dónde era. Como despedirte de un viejo amigo al que sabes que no volverás a ver, aunque fuera un viejo amigo de sólo un par de días.

Nos acostamos cuando ya estaba casi todo el mundo durmiendo, y su tienda, las dos Marías, Esperanza y Mónica no paraban de hablar y reírse hasta que se escuchó por todo el campamento el grito de alguien diciendo que se callaran de una vez. Como me había temido, dormí fatal esa noche. Me resbalaba continuamente hacia abajo y me coloqué de mil formas para intentar dormir. También Eva parecía con problemas para dormir, y creo que no fuimos las únicas. Y, como todas las noches, en algún momento escuché la voz de Rocío: -María, ¿Qué hora es?

## *10 de Agosto: Portomarín - Palas do Rei*

### *"Visitas en el polideportivo"*

No hacía mucho frío cuando salí de la tienda, aunque los demás parecían en desacuerdo conmigo. Algunos tenían ya asumido que había que levantarse en cuanto les llamase, si no, habría sido muy capaz de hacerles caer la tienda encima; pero otros seguían protestando. El desayuno fue rápido y enseguida hicimos las bolsas de la comida, aunque el coche fuera del parque nos venía muy mal para ir metiendo y sacando cosas. No sé qué nos pasó esta mañana, pero hubo una desorganización completa. De algún modo conseguimos hacer lo que habíamos hecho bastante bien los días anteriores en unas dos horas y media, es decir, que debían ser las 9 cuando salimos del parque. Antes de dejar el pueblo y como pasamos por al lado, los que no habían visto la iglesia de San Nicolás entraron a verla, y es raro pero algunos no se percataron del reloj digital hasta que yo se lo señalé.

Durante el viaje el cielo estuvo nublado, de modo que caminamos con ánimo y, aunque eran unos 23 km, no se nos hizo largo. De todos modos y aunque el paisaje era bonito, era igual al del día anterior, y llegó un momento en que empecé a aburrirme. Deseaba llegar, no por el cansancio, sino porque me aburría de tanto andar. Y no nos encontrábamos con otros peregrinos sino de vez en cuando; las conversaciones se iban agotando, e incluso el coro del grupo se quedaba sin repertorio de canciones, por los que se pasaba el rato, hasta que todos les gritábamos que se callasen cantando una canción muy larga:

La tiraron al barranco, la tiraron al barranco, toda vestida de blanco la tiraron al barranco. Fin de la primera parte, fin de la primera parte y ahora viene la segunda que es la más interesante: La sacaron del barranco, la sacaron del barranco, toda vestida de blanco la sacaron del barranco. Fin de la segunda parte, fin de la segunda parte y ahora viene la tercera que es la más interesante: La tiraron al barranco...

Y así seguía, repitiendo las mismas estrofas una y otra vez, a pesar de decir que eran la tercera, cuarta o décima estrofa y a pesar de cambiar de vez en cuando el color de su vestido. Y hasta yo, que me gusta mucho andar sola pensando en mis cosas, me quedé sin cosas en las que pensar.

Pero no todo el rato era así; de vez en cuando encontrábamos cosas curiosas por el camino, como fuentes en forma de enormes conchas de piedra, notas puestas en los mojones de piedra que unos peregrinos dejaban a sus compañeros rezagados,.. Y de vez en cuando debíamos caminar por lugares que en cualquier otra época del año habrían sido pequeños riachuelos, y que ahora en verano llevaban un poco de agua, la suficiente para dejar el suelo embarrado o resbaladizo; o caminar bajo los árboles, pero no cubiertos por sus ramas, sino por las raíces que salían de la tierra a ambos lados del camino. En esos momentos parecía que estábamos en la selva, y era divertido. Los grupos de rápidos y lentos no iban demasiado distanciados, aunque si no hubiera sido por el cayado con una calabaza atada a él y la gorra roja que siempre llevaba Lorenzo, muchas veces hubiera pensado que se habían adelantado hasta desaparecer, él y su grupo de fórmula 1.

Cuando al fin llegamos a Palas do Rei -o Palas de Rey-, estábamos todos llenos de polvo porque la mayoría del camino lo habíamos hecho por caminos de tierra. Era divertido ver como, al bajar un calcetín, se veía claramente la marca que dejaba la suciedad en la pierna con la parte que el calcetín protegía. Tuvimos problemas hasta decidir dónde podríamos dormir, ya que el campo para acampar era enorme, pero la tierra era polvo que el aire metía por todos lados, y se nos colaría en las tiendas. Visitamos las enormes tiendas que el ejército había instalado, donde cabían unas 30 personas. Pero las tiendas olían a establo y también en ellas entraría el polvo. Eugenio y Pablo Cerezo tenían alergia al polvo, por lo que no podían dormir allí. Pablo Huergo nos contó que, cuando cuatro años antes hizo el

Camino de Santiago, durmió en el pabellón del polideportivo que teníamos al lado. Unos fueron a preguntar si nosotros podíamos dormir allí, y nos dieron permiso, así que volvimos a cargar con nuestras mochilas fuimos hasta el pabellón y Pablo pudo aparcar el coche junto a la puerta. Hoy no tendríamos que poner las tiendas. Este estaba pegado a un campo de fútbol; en él había unos vestuarios que tenían servicio y ducha, no en muy buen estado, y además un cartel decía que sólo se daría el agua de 9 a 10 de la noche. Por una puerta se podía pasar del campo de deporte a una piscina pública donde la única condición era llevar gorro de baño. Como todos querían bañarse, no tuvieron más remedio que ir al pueblo a comprar los gorros. Yo no quería ir a la piscina, a pesar de lo pesados que se pusieron todos para que me bañara. En lugar de eso me acerqué a los vestuarios para descubrir que sí había agua. Pero cuando entré en el de señoras, me llevé una sorpresa, porque había varias mujeres esperando para ducharse sentadas en bancos, mientras un hombre se duchaba en una de nuestras duchas. Cuando terminó, se quedó lavando ropa sucia en uno de los lavabos, mientras entraban por fin las mujeres en las duchas. Cuando ya me había duchado y estaba a punto de irme, escuché los gritos de las mujeres que se estaban duchando cuando de pronto se cortó el agua. Me fui riéndome, y, cuando volvieron los de la piscina, me dijeron que también allí habían cortado el agua, pero que había sido sólo un momento. Más veces volvería a cortarse el agua esa tarde y al día siguiente.

El pabellón era muy grande, con canchas de baloncesto y porterías de fútbol, donde unos chicos jugaban a baloncesto cuando llegamos. Aparte de nosotros, no había ningún peregrino en el pabellón, de modo que teníamos mucho espacio. Lavamos algo de ropa en un grifo que había en el campo de fútbol, y la colgamos en las cuerdas que Julián colocó en una de las porterías, donde daba el sol. El techo del pabellón no estaba totalmente cerrado, y en las paredes había enormes ventanales por donde, de haber llovido, nos habría entrado toda el agua, como nos contó Pablo que le había pasado la otra vez que él durmió aquí.

Estaba sentada sobre mi aislante dentro del pabellón, cuando Gonzalo vino a decirme que ahí fuera estaba el cura de mi urbanización. Yo al principio no me lo creía; sabía que don Jose María había dicho que algún día vendría a visitarnos, pero no me imaginaba que apareciera tan de repente y que además hubiera podido encontrarnos en un lugar tan apartado del resto del campamento. De todos modos salí y encontré al párroco con su hermana Maruja, hablando con Pablo Huergo junto a su coche. Además nos traían la cena y, ¡qué cena! Unos filetes de carne empanados, unas empanadas de carne y de bacalao, y una barra de pan estupenda que don Jose María había encargado expresamente para nosotros. Y de postre, una tarta de almendra. De bebida habían traído además unas botellas de vino blanco y vino tinto y varias botellas de refrescos. Como habíamos pensado -antes de ver aparecer al cura y a su hermana- comprar un melón o una sandía y además teníamos que comprar bebidas, don Jose María se ofreció a llevar a alguien al pueblo para ir de compras, así que Eugenio y Gonzalo les acompañaron. Y, por lo que contaron a su vuelta, el viaje fue una divertida aventura. Ya en el coche los dos chicos apenas podían resistir el olor a comida que había. Fueron al colmado del pueblo -como se llamaba antes a los actuales supermercados- para comprar la sandía. Allí tuvieron una discusión con la empleada que decía que lo que señalaban era una sandía, mientras que los otros insistían en que era un melón. De pronto el cura se puso a jugar con el melón y se lo lanzó un par de veces al amigo de la cajera para ver si tenía reflejos; la segunda vez le dio al chico en el pecho y estuvo a punto de caerse la fruta al suelo. Mientras don Jose María iba a comprar las bebidas, Eugenio y Gonzalo fueron a comprar unas chancas que éste necesitaba. Cuando volvieron al coche, El cura todavía no había vuelto; estaba en un supermercado, intentando enfriar las bebidas en una cámara frigorífica. Le convencieron de que así no daría tiempo a que se enfriaran y que era mejor comprar hielos en una gasolinera. Cuando iba a pagar, don Jose María desdobló y extendió un billete de 10.000 pesetas ante la asombrada empleada: -Limpio y nuevo; a ver si las vueltas son tan limpias como este billete. Cuando la cajera le estaba dando el cambio, él le preguntó: -¿Quiere cambio? -No, gracias, ya tengo. - ¡Qué desagradecida eres! Al oír esto la mujer, que pensaba que hablaba en serio, rectificó: -Bueno, bueno... ¿Tiene 475 pesetas? Parecía que ya estaba todo arreglado, pero resultó que el cura no tenía el suelto suficiente, y cuando al fin le dio el suelto que tenía, se hizo un lío al sacar las monedas de 5,

25... Al fin fuera del supermercado se dirigieron a la gasolinera, donde les dijeron que no tenían hielos. Mientras los chicos y Maruja esperaban dentro del coche, don Jose María entró en un bar junto a la gasolinera para comprar el hielo. Tardaba mucho, por lo que su hermana dijo: -Buena señal. Se los estarán preparando. Cuando al fin volvió al coche, les explicó que en el bar no vendían hielo, pero que al saber que era cura se lo regalaron y como le daba vergüenza irse sin tomar nada, se tomó una sidra.

Colocamos las esterillas en círculo y, aprovechando unas tablas de madera y unos ladrillos que había dentro del pabellón, hicimos un banco para colocar la comida y para que se sentaran el cura y su hermana. La cena estaba estupenda, incluso la empanada de bacalao, que al principio no veía con buenos ojos. Sólo sobró media empanada y media tarta de almendra, que decidimos dejar para el día siguiente.

Tras la cena nos despedimos de Maruja y don Jose María, que volvieron a su casa, y empezamos a colocar nuestras cosas para dormir. Colocamos todos los sacos en fila, pegados contra la pared de modo que el viento, que era lo único molesto de esa noche ya que no hacía mucho frío, no nos molestase. Fuera del pabellón, tumbados en la hierba bajo un árbol, había un par de peregrinos durmiendo, y les dijimos que entraran, pero ellos no quisieron ya que, decían, estaban hartos de suelo duro. Yo, personalmente, estaba deseando dormir en un suelo de piedra y sin inclinación. Me acosté junto al saco de Rocío para escuchar el despertador, y estuve mirando las estrellas hasta que me dormí, para no volver a abrir los ojos hasta la mañana siguiente.

## Capítulo 5

### *11 de Agosto: Palas do Rei - Arzúa*

#### *"31 km bajo el sol"*

Era más fácil despertar a todos teniéndolos en fila que golpeando en una tienda de campaña. Esta mañana me encontraba con muchas energías, después de una buena noche, aunque no todos habían dormido bien debido al colchón tan duro. Esta mañana conseguimos batir nuestro propio récord, porque salimos a las 9 a pesar de no tener que quitar las tiendas. Menos mal que ya faltaba pocos días de camino. Si no, cualquier día terminaríamos saliendo a la hora de la cena.

Hoy debíamos hacer la etapa más larga, de 26 km; nada menos que tres hojas ocupaba en la guía de Eugenio. Además el cielo estaba despejado y se veía que iba a ser un día caluroso. Habíamos guardado el pan que nos había sobrado de los días anteriores, ya que a Rocío se le había ocurrido la idea de hacer pan frito para desayunar un día, y decidimos hacerlo hoy. Calentito y crujiente, con un poco de azúcar, estaba estupendo. La verdad es que no podíamos quejarnos de cocinera; yo que creía que en el viaje pasaríamos hambre y comeríamos cosas frías...

El camino era bastante recto y apenas había cuestas. Sin embargo el sol que ya desde las 11 calentaba con fuerza y la falta de árboles junto al camino, nos agotaba enseguida. En realidad sí había árboles, que sin duda habían plantado los organizadores del Camino Jacobeo. Pero de esos árboles sólo quedaba un tronco alto y delgadísimo, del que no salía ninguna rama; y todos, salvo uno o dos, estaban muertos, de modo que no nos daba mucha sombra. Los dos grupos se distanciaron hoy mucho. Los rápidos no esperaron a los lentos, y los del final andaban al paso de los lisiados. María Fernández tenía problemas con sus pies pues, aparte de las ampollas, tenía también heridas, seguramente por el calzado que llevaba. También a Gonzalo le iba mal, y a Pablo Cerezo le dolían los tobillos, por lo que los tres iban muy despacio. Yo iba en el centro, andando sola al principio, luego con Julián, hasta que me adelantó para unirse a los primeros, y después charlando con Jose Manuel. Cuando llegamos a Melide, un pueblo bastante grande que debíamos cruzar, encontramos a Lorenzo y los demás que nos estaban esperando. Pero como ya llevaban un rato sentados, en la puerta de un bar, se fueron en cuanto todos llegamos, ya que decidimos quedarnos a comer allí, sentados en un escalón junto a la puerta del bar. Era la una y hacía mucho calor, por lo que, más que hambre, tenía mucha sed, de modo que me comí sólo parte de la comida. La lata de hoy era de magro de cerdo, que estaba estupendo. Un cachorro de perro marrón se nos acercó, al principio con un poco de desconfianza, pero después con ganas de jugar e intentando que le diéramos algo de comer. Le dimos algunos trozos de magro y, cuando a Eva se le cayó su lata abierta al suelo, aunque al principio pusimos cara de lástima, enseguida Esperanza y yo cogimos la lata y le dimos todo el magro al perro. Cuando tenía al perro cerca, le ladraba, y el empezaba a dar vueltas como loco ladrando sin parar. Durante la comida, en el camino y una vez en nuestro destino se discutiría sobre la falta de unidad en el grupo; por qué unos van tan rápido y no esperan a los demás, y por qué otros van muy despacio y se detienen cada dos por tres. Una discusión que traería muchos disgustos y sobre la que nadie se pondría de acuerdo.

A la salida del pueblo encontramos una fuente como las de antes, en la que había que dar vueltas a una manivela para que saliera el agua. Gonzalo se encargó de darle vueltas mientras nosotros llenábamos las cantimploras, pero poco después una niña tuvo que venir a ayudarnos porque le faltaban las fuerzas, a él y al resto de nosotros. El viaje fue agotador, debido sobre todo al calor; yo empezaba a sentirme mal. La comida debió sentarme mal tras andar tanto rato bajo el sol, y los últimos kilómetros

fueron un infierno. Veíamos una montaña y decíamos "Está ahí, al otro lado", pero nos equivocábamos; así pasamos dos montañas e hicimos varios kilómetros extra. Lo único interesante del viaje eran los bosques de eucaliptos por los que pasábamos, donde la luz de la tarde hacía parecer las copas de estos altísimos árboles de plata al incidir los rayos del sol sobre sus hojas.

Jose Manuel, a pesar de ir con el grupo de los lentos, insistía en ir más rápido y en no parar continuamente, ya que, decía, los demás ya debían haber llegado a Arzúa. Pero los que tenían problemas con sus pies iban cada vez peor, y a la fuerza necesitaban parar. Yo me encontraba mal, pero deseaba llegar cuanto antes para ponerme en un sitio a la sombra a descansar. El cansancio, los nervios y el mal humor se mezclaron, surgiendo un disgusto entre Jose, Gonzalo y Eugenio, tras lo cual el primero se adelantó y no volvimos a verle hasta que llegamos al pueblo.

A la entrada del pueblo, por la carretera, había un bar junto al que nos estaban esperando Pablo y Pepa. Jose estaba sentado en una mesa al aire libre tomándose un refresco con cara de pocos amigos. Los demás, que habían llegado sólo un cuarto de hora antes que nosotros, ya estaban en el lugar donde pasaríamos la noche. Todos estábamos extenuados, ya que los 26 km que nos dijeron al principio se habían convertido en 31.

Hoy tampoco íbamos a acampar, sino que dormiríamos en un polideportivo, pero bastante diferente al del día anterior. Tuvimos que esperar en la puerta, junto con bastantes peregrinos más, a que nos abrieran la puerta del recinto, aunque no tardaron mucho en abrirla. El pabellón era totalmente cerrado y desde luego estaba mucho mejor equipado que el otro; contaba hasta con gradas de madera y comunicaba con los servicios. Dejamos nuestras bolsas en una esquina cercana a la puerta, ocupando espacio suficiente para dormir, ya que esta noche había mucha gente esperando dormir aquí. Después fuimos a ver los servicios y los encontramos limpios ya que, al estar el pabellón cerrado, no había entrado nadie antes que nosotros, y las duchas tenían agua caliente, lo cual para Rocío era maravilloso e increíble. Mientras nosotros nos instalábamos, Pablo y Pepa se marcharon a ver a una amiga que estaba trabajando en Orense, y no sabíamos exactamente cuándo volverían. Junto al pabellón había un campo de deportes y, al fondo, según me dijeron, un lavadero. Así que yo y otros cuantos fuimos a lavar la ropa, aunque al llegar allí nos encontramos con una sola pila para toda nuestra ropa. Después tendimos la ropa en unas cuerdas colocadas en una portería de fútbol cercana al polideportivo, y yo me quedé vigilándola. Me había llevado el cuaderno, para ponerme al día en la crónica, y un pequeño cuchillo para quitar la corteza de un palo que había encontrado junto al lavadero y que me vendría muy bien como bastón. Eugenio y Gonzalo pasaron a mi lado y se quedaron hablando conmigo un rato, ayudándome a recordar todo lo que tenía que escribir en el cuaderno; después se marcharon, y yo seguí allí tan entretenida que cuando quise darme cuenta llevaba tres horas ahí sentada. Recogí la ropa, que aún estaba un poco húmeda, y volví al polideportivo. Pablo y Pepa aún no habían vuelto, y no podíamos preparar la cena porque toda la comida estaba dentro del coche, así que unos cuantos fuimos a un bar que Rocío había visto cuando fue a dar un paseo por el pueblo donde hacían bocadillos, perritos calientes y sandwiches. Compramos los bocadillos y volvimos rápidos al polideportivo, ya que eran más de las 10 y media y nos habían advertido que a las 11 se apagaban las luces y todo el mundo debía callarse para dormir. Mientras colocábamos los sacos y las bolsas, advertí a todos que en cuanto se levantasen debían recoger sus cosas y tener todo listo fuera del pabellón antes de tomar el desayuno. De todos modos no me hacía muchas ilusiones al respecto.

Pablo y Pepa llegaron un momento antes de que apagaran las luces, cosa que hicieron sin ninguna advertencia, y acabamos de colocar las cosas a oscuras, por lo que Mónica perdió su saco, que no pudo encontrar hasta la mañana siguiente.

Rocío, que todos los días dormía a mi lado y así podía despertarme bien, esta vez durmió en otro lado, por lo que me desperté varias veces durante la noche, convencida de que me acababa de llamar porque eran ya las 6.30. La primera vez, me levanté, metí el saco en su funda, me calcé las zapatillas, y de

pronto se me ocurrió mirar el reloj, ya que me extrañaba ver todo tan oscuro y no ver a Rocío moverse por ningún lado. Era la 1.30. Volví a acostarme, a dormirme, y poco después volví a despertarme con la misma sensación. Y me ocurrió más veces durante la noche. Había momentos en que me quedaba sentada un buen rato, intentando decidir si hacer caso a mi subconsciente, que me decía que era hora de levantarse, o al reloj, que dejaba claro que no era hora para estar despierta. Y, para colmo de males, un buen número de hombres que estaban allí durmiendo, nos ofrecieron un concierto de ronquidos que dejaban avergonzados los ronquidos de los chicos de mi grupo.

## *12 de Agosto: Arzúa - Arca*

### *"Tarde de canciones"*

Cuando Rocío me despertó a las 6.30, no estaba segura de si era un sueño o en realidad era ella. Al despertar a mis amigos, intentando no molestar a los que dormían en el pabellón, les recordé que debían recoger y sacar sus cosas antes de pensar en el desayuno. No lo esperaba, pero funcionó. A las siete estábamos todos desayunados y listos para ponernos en marcha. Si se me hubiera ocurrido hacer esto antes, y no hoy, cuando sólo teníamos que recorrer unos 16 km. Preparamos el desayuno y las bolsas de la comida junto a la puerta del polideportivo, donde pudo meter Pablo el coche. Como sólo faltaban dos días de marcha y sobraba mucha comida, pudimos elegir lo que queríamos entre todas las latas que quedaban.

De nuevo durante el camino se formaron los dos grupos, y perdimos de vista a los primeros muy pronto. Aunque casi todos los días iban al puesto de la cruz roja -siempre había uno cerca, los pies de algunos no mejoraban demasiado. María Fernández dijo estar como nueva, pero Pablo Cerezo iba muy mal, y se le hincharon los pies; tampoco Gonzalo caminaba bien. Los 16 km del principio, se convirtieron en 20, pero hoy no me importó, ya que yo veía el lado positivo: Hasta Santiago quedaban menos de 40 km y cuantos más hiciéramos hoy menos haríamos mañana. Podían equivocarse las guías -aunque no lo habían hecho hasta estos dos últimos días-, pero los mojones de piedra que pasábamos a cada rato no podían equivocarse.

Tardamos poco en llegar al pueblo, por lo que compramos el pan ahí. La zona de acampada estaba junto a un bar, lo cual nos venía muy bien. Entramos en un campo de fútbol con tiendas de campaña del ejército y con una pequeña zona de césped para instalar las tiendas de los peregrinos, unas gradas cubiertas y unos servicios con duchas, si es que podían llamarse así porque, a pesar que creíamos estar preparados para cualquier cosa, no pudimos ducharnos en eso.

Nos sentamos a comer en las gradas, junto al grupo de 100 chicos venidos de toda España que habíamos conocido en Cebreiro. Tras la comida nos pusimos a cantar y a tocar la guitarra, igual que el otro grupo. Empezó cuando Pablo Cerezo, al escuchar que los otros chicos cantaban 'Feliz Cumpleaños' a una de sus amigas llamada Cristina, cogió la guitarra y le cantó una versión de esa canción que parecía más bien de Frank Sinatra. Después de cantarla mil veces, decidimos variar. Cogimos los cancioneros que guardaba Pablo Huergo en la funda de su guitarra, y nos pusimos a cantarlas. El otro grupo cogió su guitarra e hizo lo mismo que nosotros. Al principio cantábamos cada uno una canción, lo cual era un verdadero lío y sonaba fatal. Gracias a Dios que poco a poco empezamos a cantar las mismas canciones. A pesar de ello y de la voluntad que todos pusimos, no sonaba muy bien la cosa, hasta que María Fernández se animó a cantar sola. María tiene una voz privilegiada, y cuando empezaba a cantar canciones como "Al alba" o "Tómame, déjame", todos nos callábamos y los chicos del grupo de cien se la quedaban mirando. Lástima que al final no pude convencerla de que me cantara el "Ave María" de Schubert; y a pesar de que me lo prometió, aún estoy esperando oírlo.

A media tarde unos cuantos sugirieron que, como la etapa hasta el Monte del Gozo, a la entrada de Santiago de Compostela, era muy corta -a estas alturas 15 km no eran nada-, podíamos hacer este marcha de noche. Es decir, dormir ahora una larga siesta, cenar y hacer una dinámica hacia las 7 de la tarde, y dormir en las gradas de cualquier manera, ya que no valía la pena poner las tiendas para tan poco rato de sueño. Nos levantaríamos hacia las 3 y nos pondríamos en camino hacia las 4 de la madrugada. Tardaríamos unas tres horas en llegar, por lo que podríamos ver amanecer en el Monte del

Gozo. Allí descansaríamos hasta por la tarde; entonces iríamos a Santiago para asistir a la misa del peregrino.

No sé por qué decidieron cambiar los planes, realizados antes de empezar la peregrinación. Pero como todos parecían de acuerdo, para así caminar de noche y tener dos días enteros para ver Santiago, todos aceptamos el plan. A mí ni me gustaba ni me dejaba de gustar; el único inconveniente para mí era que, como ya he dicho antes, no puedo dormir de día, por lo que de noche estaría muy cansada. Pero una vez en marcha no notaría el sueño, y podía ser muy divertido andar en la oscuridad. En realidad pocos durmieron por la tarde, porque armábamos un escándalo con las guitarras que despertaría a un muerto. Lorenzo sí que pudo dormir algo, pero no sé si alguno más lo consiguió.

Una mujer de mediana edad, se nos acercó varias veces durante la tarde para hablar con nosotros. Era valenciana, y venía con un grupo de disminuidos psíquicos. Poco la entendimos, ya que empezaba a hablar en castellano y enseguida se ponía a hablar en valenciano. Ni yo misma, que entiendo bastante del valenciano, podía coger todo lo que decía. Pero cuando alguien preguntó en qué estaba hablando la mujer, y Gonzalo dijo "Un catalán muy raro", casi me lo cargo. ¿Catalán? Qué vergüenza llamar así al valenciano de la tierra de mi madre. Y no es que tenga nada contra los catalanes, pero es que este tipo de equivocaciones no se pueden tener. A ver si alguien dijera que el catalán es un valenciano raro. En fin, volvamos a lo que nos interesa. A media tarde Jose Manuel, que ya decía que llevaba un rato diciendo que no se encontraba bien, empezó a vomitar, y cuando le pusieron el termómetro tenía fiebre. Le hicieron tomar una manzanilla y descansar, pero su estado no mejoró en toda la tarde, por lo que tuvimos que cambiar de planes, a pesar de que Jose decía continuamente que él salía para Santiago a las 4. Por la noche cenamos pure Maggi con chorizo y pollo sentados en las gradas, que las teníamos para nosotros solos desde que el grupo de los 100 chicos se fuera a sus tiendas. Después Lorenzo dijo que él se iba al bar, ya que, como había dormido al mediodía, ahora no podría conciliar el sueño, y varios le acompañaron. Los que nos quedamos, intentamos decidir lo que íbamos a hacer. Habían instalado una tienda de campaña en un pequeño terreno de hierba que había junto a las gradas, para que durmiera en ella Jose Manuel. Nosotros dormiríamos en las gradas, pues la noche no era fría y podíamos estar muy cómodos, mientras no nos moviéramos demasiado. Por la mañana, al despertarnos, a las 6.30 como siempre, veríamos qué tal se encontraba Jose Manuel. Si seguía igual, Rocío, Eugenio y Gonzalo, junto con Pablo y Pepa, se esperarían hasta las 9 o hasta que hiciera falta, para salir con Jose cuando estuviera mejor. Quedaríamos en el Monte del Gozo, y así terminaríamos el viaje juntos hasta la catedral de Santiago.

Le dije a Rocío que, como ella no tenía que levantarse pronto, yo me encargaría del desayuno, y así nos acostamos. No pudimos contarle nuestros planes a los que estaban en el bar, pues volvieron a las 3, cuando ya todos estábamos dormidos.

## Capítulo 6

### *13 de Agosto: Arca - Santiago de Compostela* *"La meta del peregrino"*

A las 6.30 -me había colocado cerca de Rocío para oír el despertador-, desperté a todos los que debían salir pronto y me puse a preparar el desayuno. Después fui a ver qué tal se encontraba Jose Manuel, que aún tenía 37 grados y medio. Cuando en el desayuno les expliqué los planes que se habían hecho no estuvieron de acuerdo, ya que si ellos querían ir pronto al Monte del Gozo era para ir también pronto a Santiago, y si debían esperar en el monte no les valía la pena irse pronto, de modo que decidimos quedarnos hasta que Jose pudiera ponerse en marcha. Este salió un momento después de su tienda, diciendo que él se iba ya, pero conseguimos convencerle de que descansara una hora más, y si a las 9 estaba mejor, nos iríamos todos juntos. De todos modos todos se levantaron ya, pues la discusión sobre los planes de la noche anterior podía haber despertado al último ratón del campamento.

A las 9 decidimos ponernos en marcha, porque aunque Jose Manuel no estaba totalmente recuperado, no había forma de convencerle de que se quedara. Eso sí, iba muy abrigado. Hoy nos quedaban por recorrer 18 km, y no podía haber error, pues eso es lo que decían los mojones. Estábamos todos deseando hacernos una foto en el mojón que indicara el último kilómetro. Lamentablemente, desde el kilómetro 12, los mojones desaparecieron, seguramente porque había muchos y distintos caminos para llegar a la ciudad. Aunque había amanecido nublado, el tiempo mejoró mucho a lo largo de la mañana. Jose Manuel iba mejorando, ya que lo que le había pasado se debía al calor y al cansancio que habíamos pasado. De todos modos llevaba tanta ropa que yo pensaba se estaría ahogando, y para refrescarse llevaba en su cantimplora limonada que Rocío le había hecho.

En la etapa de hoy íbamos todos muy cerca unos de otros, ni los primeros se habían adelantado mucho, ni los últimos se habían retrasado. Sólo perdimos de vista a aquellos que habían ido a comprar jamón de york para Jose, y se habían quedado atrás. Los pies de Pablo estaban ya bien; también los de Gonzalo habían mejorado mucho, y todos caminábamos con mucho ánimo. Cuando faltaba poco para llegar, apareció por el camino una furgoneta de voluntarios del Jacobeo'93 que nos ofreció una cantimplora con agua fresca. Ya había leído en un periódico que había un gran grupo de jóvenes voluntarios en Santiago de Compostela para ayudar a los peregrinos durante el camino y una vez en la ciudad.

A un par de kilómetros del monte, vimos aparecer a Pablo y a Pepa, que nos pidieron a algunos que nos adelantáramos con ellos para pedir sitio en el albergue, ya que ellos habían venido en coche, y era mejor que fuéramos los peregrinos. El Monte del Gozo, por lo que había leído y lo que me habían dicho Pablo Huergo y Rocío de cuando estuvieron aquí, cuatro años atrás, me lo imaginaba como un monte pelado y sin una casa cerca, desde cuya cima se podía ver la ciudad y la Catedral de Santiago. Decía un libro que se llamaba así debido a que, cuando los peregrinos llegaban lloraban y rezaban de gozo al ver Santiago. Sin embargo, el monte no era para nada como yo me lo imaginaba; ni siquiera era como lo recordaban Pablo y Rocío. En primer lugar el último tramo lo hicimos por una carretera, pasando junto a los estudios de la TVG, la televisión regional gallega, y junto a un camping bastante grande. Las instalaciones a las que nos llevó Pablo eran impresionantes. Varios edificios de una sola planta estaban dispuestos a lo largo de un paseo empedrado, al final del cual había una tienda de regalos, una cafetería, banco, y algunas otras cosas. Una escultura en medio del paseo indicaba que desde aquí sólo faltaban 4 km para la Catedral de Santiago. Los edificios por dentro eran todos iguales.

Un pasillo los cruzaba de parte a parte, dando a varios dormitorios, cada uno de ellos provisto de cuatro literas, es decir, espacio para ocho personas, con sus respectivas taquillas junto a la puerta. Los cuartos eran pequeños pero el espacio estaba bien distribuido, y en la pared del fondo había una ventana. Las primeras puertas del pasillo eran las de los servicios, con duchas de agua caliente, y en las puertas de varios edificios había máquinas de bebidas y de chocolatinas y bolsas de patatas. A nosotros nos instalaron en el último edificio, el 30 -estaban numerados-, en dos habitaciones enfrente la una de la otra. Nos dividimos los siete chicos en una y las ocho chicas en la otra. En la cama que sobraba en la habitación de los chicos se instaló uno bastante raro que no dejaba de hablar. Había muy pocos peregrinos por ahí, y nuestro edificio estaba vacío, por lo que no tuvimos que esperar para ducharnos. Después fuimos a comer junto al coche, que estaba en el aparcamiento junto al edificio que había frente al nuestro. Nos sentamos allí en el asfalto, al sol, ya que no había árboles que dieran verdadera sombra -los pocos que había eran recién plantados y muy pequeños-. Tomamos fabada y albóndigas, y cuando estábamos terminando se acercó un policía a decirnos que no se podía comer allí, cosa que a Pablo Huergo no le hizo mucha gracia, porque otra persona antes le había dado permiso. De todos modos ya estábamos recogiendo, de modo que nos fuimos enseguida.

Tras la comida nos quedamos un rato en nuestras habitaciones descansando, y discutiendo la idea de si ir esta tarde a la ciudad, a la Misa del Peregrino que se celebraba a las cinco, o descansar toda la tarde y mañana ir a la misa de las 12 de la mañana. Finalmente se decidió ir hoy, por lo que teníamos que darnos mucha prisa ya que eran casi las cuatro y no sabíamos cómo llegar a la catedral. Había autobuses que salían cada hora llevando gente desde el Monte del Gozo a la ciudad, pero, después de 180 kilómetros que habíamos hecho andando, debíamos hacer igual esos 4 kilómetros, así que debíamos darnos prisa. Guardamos las mochilas en las taquillas, que tenían llave, cogimos algo de dinero, y nos fuimos. Ya por la ciudad, la gente nos daba los últimos ánimos.

La Catedral de Santiago no se veía desde el Monte del Gozo, ni la veríamos hasta que estuvimos prácticamente al lado. Yo conocía bastante sobre esta catedral por lo que había leído sobre ella y lo que había estudiado en Arte. Pero no la conocía, y me impresionó por su arquitectura, por su belleza, y también por ese espíritu de alegría que había en todo ese grupo de personas congregadas en la plaza de la puerta principal. El origen de la catedral está en la iglesia que Alfonso II el Casto mandó edificar sobre el mausoleo del Hijo del Trueno, en un cementerio de principios de nuestra era. Tras muchas reconstrucciones, en el siglo XI se comenzó la actual Catedral. Levantada en principio en estilo Románico, fue enriquecida a lo largo de los siglos que duró su construcción con obras góticas, platerescas, neoclásicas y, sobre todo, barrocas. Hasta el siglo XVIII, cuando se levantó la fachada del Obradoiro con el Pórtico de la Gloria -obra del Maestro Mateo-, no se dio por finalizada la obra, con una estructura románica cubierta por una fachada prácticamente barroca.

Llegamos antes de lo que esperábamos, a tiempo para la misa de las 5, que junto con la de las 12 de la mañana, se diferenciaba del resto de las misas del día en que en estas dos eucaristías tenía lugar el famoso lanzamiento del botafumeiro. Este era un incensario enorme que en la acción de gracias era colgado de una cuerda frente al altar, entre cuatro curas vestidos de escarlata le daban impulso para que se moviera casi como un péndulo a lo largo del crucero. Tras unos momentos lo hacían detenerse, dejando el aire de la iglesia impregnado del olor a incienso. Esta tradición del botafumeiro parece estar basada en la costumbre de echar incienso para aplacar el mal olor de los peregrinos que no contaban con las comodidades modernas.

Sobre la Catedral de Santiago hay bastantes costumbres religiosas que no acabaron de convencerme. Nada más entrar, en el parteluz que divide en dos el Pórtico de la Gloria, se encuentra la figura del apóstol sedente, y es costumbre colocar la mano sobre la columna -donde ya se ve la marca de una mano, de tantas que han sido apoyadas en el mismo lugar-, y dar tres golpes con la cabeza en la piedra. En la Puerta Santa o del Perdón la gente tiene la costumbre de hacer tres veces la señal de la cruz, aunque nadie sabe bien para qué. Tras el altar, una obra barroca de color dorado donde se está la figura

del Santo, hay unas escaleras por donde la gente pasa a abrazar a Santiago. Durante la misa yo había estado viendo brazos que salían de detrás de la figura, y llegué a pensar que alguien le estaba quitando el polvo. Hasta que terminó la eucaristía y me di una vuelta por la girola, no supe de qué se trataba. Y, por supuesto, la Indulgencia Plenaria concedida a los peregrinos que cumplen ciertos requisitos: Peregrinar hasta Santiago -lo cual quiere decir lo menos 100 km andando-, participar en algún acto litúrgico, rezar y pedir por las intenciones del Papa -recomendado el Padrenuestro y el Credo-, y confesarse en un plazo de 15 días. Como dijo María Montero cuando vimos la hoja donde nos indicaban todo esto, sólo faltaba que nos dijeran: "Y dar una voltereta en la puerta de la Catedral". Y no es que esté en desacuerdo con ello, pero creo hay muchas personas que cumplen todos esos requisitos al pie de la letra y sin embargo no están realmente preparados ni dispuestos; y otras personas, con un verdadero espíritu de peregrino, que por cualquier razón no han llegado al final o no han cumplido todo lo que le piden, y que no por ello deben tener menos derecho que los primeros al perdón. Son tantos formulismos externos los que me molestan.

Y la misa fue otro espectáculo. No había tanta gente como yo esperaba encontrar y la mayoría se concentraba alrededor del crucero. La eucaristía transcurrió con normalidad, excepto por el representante de un grupo venido de Valencia que dijo unas palabras, hasta la acción de gracias. Entonces, y antes de empezar, el sacerdote dijo que se guardara silencio y que al terminar con el botafumeiro la gente no saliera de la iglesia, pues la misa no terminaba allí. Pidió silencio y se dispusieron a lanzar el botafumeiro. La gente que había en la iglesia se había multiplicado, y todo el mundo esperaba con la cámara de fotos o el tomavistas en la mano a que pasara por su lado. Fue muy bonito, aunque daba miedo pues parecía que se iba a soltar de la cuerda y que iba a dar a alguien. Cuando terminó, la catedral se llenó de aplausos y poco a poco la gente se marchó.

Tras la misa me di una vuelta corta dentro de la iglesia. Había varias capillas absidiales muy antiguas, cuyo acceso estaba cerrado por unas puertas de hierro, y una puerta que conducía a unas tumbas bajo la iglesia que por un momento pensé que serían las catacumbas, pero no. A ellas descendían unas escaleras junto a la puerta principal de la iglesia, pero estaba cerrado. Sólo se podía entrar por la puerta que daba al exterior de la catedral, bajo las escaleras de la fachada del Obradoiro, donde había un cartel que decía "Cripta-Museo", y había que pagar para entrar.

A la Plaza del Obradoiro da también la puerta principal del Hostal de los Reyes Católicos, antiguo hospital de peregrinos, hoy convertido en hotel de lujo. La plaza estaba llena de gente, vendedores de souvenirs, turistas, peregrinos y miembros de la famosa Tuna universitaria de La Coruña, que cantaban sus canciones mientras intentaban vender cintas de música. El ambiente era festivo y gentes de todas partes y de todas las condiciones se reunían frente a las puertas de esta grandiosa catedral.

Hoy también tendríamos visita. Los padres de Rocío, con quienes ella ya había hablado por teléfono, iban a estar en Santiago el viernes y el sábado, antes de irse a León, a casa de los Huergo. Había quedado con ellos en la puerta de la catedral, y el tiempo que nos quedaba hasta ese momento lo aprovechamos para ver la ciudad y visitando las tiendas de recuerdos. Los encontramos fácilmente. Venían Luis y Pilar Guil acompañados por tres de sus hijos, Marta, Manolo y Piluca. Con ellos fuimos a un bar a probar el pulpo, muy típico de aquí, además de unos estupendos chipirones y mejillones. No se puede decir que pasáramos hambre en ningún momento. Tras el rato que estuvimos juntos en la terraza del bar, se marcharon a su hotel, y nosotros fuimos a buscar un lugar donde cenar. En un bar compraron unos bocadillos de calamares los que tenían hambre, y los comimos en la misma calle.

Por la tarde habíamos visto montar un escenario en una de las plazas que rodeaban la catedral; creo que se trataba de la Plaza de las Platerías. Luego nos enteramos que iba a haber precisamente esta noche un espectáculo de baile regional gallego, de modo que fuimos a verlo. En el camino hasta la plaza me retrasé esperando a Eugenio y a Rocío, que iban por detrás, y una esquina perdí de vista a los de delante. Di vueltas a la catedral dos o tres veces sin encontrarles. Había tanta gente en la plaza que

era imposible meterse entre el gentío a buscar a nadie; menos mal que al final fue Eugenio quien me vio a mí.

El espectáculo era muy bonito, aunque la música -decían mis amigos- demasiado repetitiva, por lo que empezaron a aburrirse. Es cierto que lo era, pero yo sólo me fijaba en los bailes y en los hermosos trajes regionales que vestían las bailarinas, y la música era lo de menos. De todos modos estábamos muy cansados y la mayoría de nosotros decidimos irnos a dormir, y nos marchamos al Monte del Gozo repartidos entre el coche de Pablo y un taxi. María Montero, Mónica, Eva, Pablo, Lorenzo y Julián se quedaron viendo el Espectáculo. Cuando regresaron en otro taxi, yo ya estaba dormida.

Por la noche me desperté con bastante calor. Ya estaban todas dormidas, de modo que debía ser bastante tarde. Intenté abrir un poco la ventana, pero la persiana estaba medio bajada y no podía subirla para alcanzar a abrir la ventana sin hacer ruido. Y había hecho bastante ruido al bajarme de la litera, así que lo dejé estar e intenté seguir durmiendo.

-¡Perdone, perdone,perdone...! De nuevo me desperté al escuchar una voz que repetía la misma palabra continuamente, y cada vez más rápido y fuerte. Me costó despejarme, pues al principio pensé que lo estaba soñando, hasta que reconocí la voz como la de María Montero. Después escuché murmullos, y como Eva le decía: -Es una pesadilla. Volvimos a dormirnos enseguida, y creo que por la mañana María no se acordaba de nada.

## *14 de Agosto: El Regreso*

14 de Agosto al fin. Apenas podía creer al abrir los ojos al sábado que ya hiciera diez días desde que cogimos el tren en la estación de Chamartín para emprender el viaje a Santiago. Hoy pasaríamos el día en la ciudad, haciendo lo que quisiéramos, y por la tarde nos marcharíamos juntos; algunos juntos y otros solos, a seguir con nuestras vacaciones normales.

La habitación estaba totalmente a oscuras. El despertador que me había dejado Rocío aún no había sonado, lo cual quería decir que era muy pronto. Salí de la habitación para a respirar un poco de aire puro y vi que eran las 7, así que me volví a acostar. A las 8 me levanté, pues no conseguía dormirme. Esta vez todas se despertaron poco a poco al oír que me iba. Todas menos Rocío, que seguía durmiendo, me preguntaron si era ya hora de levantarse, y a todas por separado tuve que decir que no, que siguieran durmiendo. Cogí un bolígrafo y el palo de Eugenio, en el cual estaba dibujando todas nuestras caricaturas, y salí al banco que había en el paseo, junto a la puerta del edificio. El cielo estaba muy nublado, y en cualquier momento podía ponerse a llover. Estuve dibujando un buen rato, hasta que salió Jose Manuel, que dijo encontrarse bastante bien. Poco después se levantaron Julián y Pablo, que debía ir con su coche al hotel de los padres de Rocío para darles parte de las cosas que llevaba: las tiendas de campaña, los hornillos de gas... Hacia las 9 desperté a los que aún seguían durmiendo -que no eran muchos-, ya que debíamos tenerlo todo listo antes de las 10, hora en la que las habitaciones debían estar vacías. Además teníamos que colocar bien nuestro equipaje y enganchar el saco y el aislante a la mochila, pues hoy cada uno debía llevar sus cosas; no podía quedarse nada en el coche de Pablo. Mientras recogíamos, se puso a llover. De nuevo a abrir la mochila ya lista y sacar el chubasquero que estaba lo último de todo.

Intentamos desayunar en la cafetería de las instalaciones, pero no había chocolate con churros, así que decidimos coger el autobús de las 11 a Santiago y desayunar en un bar de la ciudad. Desde el momento en que cogimos el autobús me sentí mareada, pero pensé que se debía a no haber comido nada desde que me desperté hacía ya cuatro horas, y no le di importancia.

Desayunamos en un bar bastante pequeño donde sólo quedaba una mesa libre, de modo que los que tomamos el chocolate depie ocupamos toda la barra. Pero el camarero era muy simpático y estuvo hablando con nosotros y nos ofreció un poco más de chocolate a quien se le acababa. Mientras desayunábamos dejó de llover y salió el sol, mejorando el tiempo a lo largo del día. Tras ello fuimos a la estación para dejar en consigna las bolsas de aquellos que íbamos en tren. Aquí nos hicimos mucho lío, ya que tanto las casillas automáticas como las manuales estaban estropeadas. Primero fuimos al cuarto de las automáticas, y al intentar abrirlas empezaron a sonar unas alarmas que sonaban como pájaros piando sin parar. Más que la consigna, parecía una enorme jaula de pájaros. Después fuimos al cuarto de las casillas de apertura manual, pero también estaban estropeadas en su mayoría. Finalmente, y después de dar mil vueltas con las mochilas, conseguimos usar dos de las casillas automáticas creo que otros encontraron lugar para unas cuantas bolsas más.

Era importante, antes de hacer otra cosa, conseguir nuestros diplomas de peregrinos. Para ello fuimos a un edificio cercano a la catedral donde nos pidieron las credenciales y los carnets de identidad. Mientras unos llevaban los papeles, los demás esperamos en el recibidor, donde había otros muchos peregrinos. Al fin nos los dieron. No lo leí; creo que ninguno lo hizo. Sólo nos interesaba ver nuestro nombre escrito en latín -o en algo parecido-. El resto del documento en latín no estaba muy claro qué decía. De todos modos no es importante, se trata de un papel simbólico de lo que hicimos durante nueve días, sin mayor importancia, un diploma que no se suele nombrar en los currícula.

Comimos en la Casa Manolo, un restaurante que unos estudiantes de Santiago le habían recomendado a Pablo Cerezo; buena comida por 700 pesetas, le dijeron. Y era cierto. Comimos, aunque separados en mesas de cuatro, muy cerca unos de otros; no recuerdo bien lo que comió cada uno, pero sí que la comida era estupenda. Lo único que dejaba que desear eran los servicios, pero uno ya se acostumbra.

Tras la comida y como cada uno quería hacer algo diferente, decidimos dar tiempo libre hasta las 6, hora en la que debíamos estar en la puerta principal de la catedral. Yo me marché sola porque quería volver a ver, y esta vez con más calma, la catedral de Santiago. La recorrí por dentro y, aprovechando que eran más de las cinco, volví a escuchar misa -hoy era víspera de la Asunción-, y de nuevo observé el botafumeiro volar por el crucero. Tras ello di una vuelta fuera de la catedral para ver con calma su fachada: la Puerta de las Platerías, el más antiguo y bello de sus pórticos; la Puerta Santa, y la de la Azabachería, llamada así por el "Paraíso", centro comercial que en la Edad Media estuvo situado junto a ella y donde, además de otras cosas, se comerciaba con azabaches. Las dos torres que en la fachada del Obradoiro limitaban el Pórtico de la Gloria, el cual para mi sorpresa no se veía a simple vista, pues estaba escondido tras otro pórtico; y la Torre del Reloj. Cuando ya volvía a la plaza del Obradoiro, escuché al músico que cantaba bajo el Arco del Obispo -pegado a la catedral- cantar canciones de Silvio Rodríguez, así que me quedé un rato escuchándole. Fueron sólo unos momentos de paz, pues eran casi las 6, y debía reunirme con mis amigos. En la plaza volvimos a encontrarnos con la familia de Rocío y con el cura don Jose María y a su hermana Maruja, que estuvieron hablando un rato con nosotros.

Al fin se fueron los primeros. Pablo, Pepa, Eugenio y Rocío se despidieron y se marcharon en coche para ir a Lugueros, hacia donde se marchó poco después la familia de Rocío.

De nuevo teníamos tiempo libre hasta las ocho menos cuarto. Todos se fueron de visita por la ciudad, pero yo preferí quedarme en un banco de piedra de la plaza, ya que no me encontraba muy bien. Debía tener fiebre, seguramente por el cansancio, ya que había dormido muy poco y el tiempo estaba raro, primero con frío y luego con calor. Estuve hasta esa hora escribiendo en el diario; luego me levanté y fui a la puerta a esperarles. Era fácil dar con ellos, ya que yo siempre buscaba el palo con la calabaza de Lorenzo. Una vez juntos, Pablo nos dijo que no sabía si venir con nosotros a Madrid o irse a Santander en autobús. Al final decidió que intentaría comprar un billete para el autobús que saliese primero hacia Santander, que era a las 8 de la mañana siguiente. Si no lo conseguía, ya tenía billete en nuestro tren. Antes de irnos de la plaza del Obradoiro cantamos de despedida, aunque sin la guitarra que se habían llevado los hermanos Huergo, la canción del Peregrino que habíamos aprendido y cantado todos los días del camino. Quedamos en la estación del tren, y mientras Pablo, acompañado por Jose Manuel, iba a aver lo de su billete, nosotros iríamos comprando algo de cena. Se compraron bocadillos, fruta, algo de bebida y una pequeña tarta de Santiago. Yo sólo compré una lata de refresco porque no tenía hambre.

Cuando llegamos a la estación ya nos estaban esperando allí Jose Manuel y Pablo, quien nos dijo que había conseguido billete en el autobús de las 8 de la mañana. Se quedaría a despedirnos -dijo-, y dormiría en la estación hasta que su autobús saliese. Por tanto nos sobraban tres plazas del billete de grupo que contamos, pues habíamos contado con Pablo, Eugenio y Rocío. Lorenzo no había comprado el billete con nosotros, pues él sólo iba a Zamora; sin embargo tuvimos la suerte de que su billete fuera en el mismo tren que el nuestro. Fueron a vender los billetes y, aunque al principio parecía que no iban a poder, consiguieron al final venderlas a un grupo de peregrinos que iban a Alaba y estaban desesperados por conseguir plazas en este tren. Sacamos las bolsas de consigna, donde todavía seguían cantando los pajaritos, y nos sentamos a esperar al tren, que llegó con mucha puntualidad. Tuvimos que despedirnos de Pablo y subir corriendo a nuestro vagón -no sin antes cantar de nuevo la canción del Peregrino- ya que el tren sólo paraba diez minutos y a las 10.20 se puso en marcha.

Casi todos los que habían subido al tren eran peregrinos como nosotros. Yo, al menos, no vi a nadie que llevase una maleta, un maletín, o una bolsa de mano normal. Todo eran mochilas, ropa sucia y pies cansados, aunque todos íbamos contentísimos. Nuestro vagón no era de literas, y además era de fumadores, lo cual en principio no auguraba buena noche. Los asientos se repartían en compartimentos de ocho personas, y nosotros éramos nueve, sin contar con Lorenzo que, aunque no le tocaba en nuestro vagón, se sentó con nosotros. María Fernández dijo que ella se sentaría en el suelo entre los asientos del compartimento, pero íbamos a estar muy apretados para pasar la noche. El problema es que todos querían estar juntos, pero al fin conseguí convencerles de que me dejaran a mí sola en el otro compartimento, ya que tenía fiebre y lo único que quería era descansar, y como ellos iban a cenar y estarían de fiesta, no podría dormir.

Compartía mi departamento con un matrimonio con dos hijos pequeños que, gracias a Dios, no molestaron nada; y junto a mí se sentaban tres de los chicos a los que les habíamos vendido los billetes. Intercambié algunas palabras con la chica de mi lado, por la que me enteré de que pertenecía a un grupo de 17 chicos. Con este tren irían a Medina, donde harían trasbordo a un tren que les llevaría a Alaba. Cuando le pregunté cómo es que no habían comprado los billetes con antelación, me explicó que sí lo habían hecho, pero para el día siguiente. Este mismo día habían llegado a Santiago y pensaban quedarse una noche. Pero al llamar a sus padres se habían enterado que el padre de un compañero había muerto, por lo que éste debía regresar enseguida a su casa, y el resto de sus amigos había decidido volver con él. Sin embargo en RENFE no habían podido cambiarles el billete a todos y encontrarnos a nosotros les vino muy bien. Creo que al final sólo faltaba billete para uno, pero se coló y nadie se dio cuenta. "La providencia divina" pensé yo recordando una de nuestras dinámicas.

Mi asiento era bastante cómodo, ya que el respaldo se podía inclinar un poco y como estaba al lado de la puerta podía estirar bastante las piernas, y como frente a mí estaba la niña de unos 6 años, no le molestaba que me estirase. Me acomodé en mi asiento e intenté dormir. Algunos chicos del grupo de scouts que estaban en el pasillo se pusieron a cantar y a tocar la guitarra justo frente a mi puerta, pero en ese momento, con los párpados que me pesaban como si fueran de plomo, apenas tenía ánimo de decirles que se fueran "con su música a otra parte". Recuerdo también que los del compartimento de al lado, es decir, mis amigos, armaban bastante escándalo, y hacia las 12.30 oí que empezaban a jugar a "Si fuera..." Asomé la cabeza por la puerta y vi a Lorenzo en el pasillo, de modo que a él le dije que no hicieran tanto ruido. Esa fue la última vez que le vi, ya que se bajó del tren hacia las dos o las tres.

En algún momento mientras yo dormía el matrimonio con sus hijos se bajó del tren, dejando sus cuatro asientos libres, que enseguida fueron ocupados por tres de los chicos que estaban en el pasillo. Dejaron el asiento que había frente al mío libre, de modo que pude ponerme más cómoda colocando los pies sobre él.

No sé que hora sería cuando me despejé lo suficiente para decidir ir al baño. Al salir al pasillo encontré allí a María Montero, sentada y con la cabeza apoyada en las rodillas, y junto a ella, tumbado sobre un aislante, dormía Gonzalo. Le pregunté a María, que no estaba dormida, por qué estaban allí, y me explicó que los demás estaban tirados de cualquier manera por el compartimento intentando dormir. Le dije que se instalara en el asiento libre de mi compartimento, pero me dijo que que espaba cómoda y prefería seguir allí. Seguí andando por el pasillo, sorteando a María y a Gonzalo con cuidado para no pisarlos, pero llevaba los ojos medio cerrados y con mi atención puesta en el suelo no vi la puerta de cristal que separaba el pasillo del final del tren, donde estaban los servicios, y me di un golpe contra ella que casi me tira al suelo. Pero ni aún eso consiguió quitar mi adormilamiento y al volver al compartimento no tardé nada en volver a dormirme.

Me despertaron varias veces las voces y el movimiento de los scouts que entraban y salían del departamento. Entró uno que se sentó frente a mí, dejándome sin espacio para mis piernas. Y un hombre que dormía en el pasillo mantuvo a todo el vagón en vela durante un rato con sus ronquidos.

Debían ser las 6 cuando los scouts llegaron a su destino, dejando mi compartimento totalmente libre. Entonces me asomé al de mis amigos para decir que alguno entrara en el mío, pero los del pasillo ya no estaban y parecía que al fin todos se habían conseguido dormir de una u otra forma, de modo que volví a mi compartimento y me tumbé a lo largo de los 4 asientos.

Así conseguí dormir casi de un tirón hasta las 7 y media, cuando vi aparecer a Julián, que aprovechó los otros asientos libres para dormir él también. También me encontré con Jose Manuel y Gonzalo, quienes habían pasado mala noche y habían vomitado. Y yo, sin embargo, me encontraba fenomenal; ni fiebre ni cansancio. Gonzalo era el que peor se encontraba. Entró en mi compartimento, se sentó junto a la ventana y allí se quedó dormido hasta que el tren llegó, por fin, a la estación de Chamartín.

Allí nos despedimos y cada uno fue por su lado. Unos se marcharon en autobús, otro se quedó esperando otro tren, y otros nos fuimos en coche. Eva, a quien habían venido a recoger su padre y su hermano, se ofreció a llevarme junto con su prima Mónica.

Y así acabó la aventura que tanto habíamos esperado durante todo el año. Nos habíamos divertido, enfadado, cansado, comido y disfrutado, y también habíamos aprendido algo sobre los demás y, espero, algo sobre nosotros mismos. Yo siento que valió la pena hacer este viaje y creo que también a mis amigos. Con la idea de reunirnos de nuevo en Septiembre para hablar sobre el viaje y hacer una comida para celebrar su buen fin, nos habíamos despedido.

Yo, por mi parte, termino aquí mi misión. Intentando ser lo más realista posible, pues lo van a leer catorce personas que saben bien lo que pasó. Si hay algo erróneo, omití algún nombre o confundí un hecho, lo siento. Ha sido largo y duro recordar paso a paso todos los acontecimientos del viaje, sin tener en cuenta mi mala memoria. Así se despide una peregrina.

**María Olmedo Soler**

